EUGENIO D'ORS

POUSSIN Y EL GRECO

MADRID

1922

ES PROPIEDAD

DERECHOS RESERVADOS

PARA TODOS LOS PAÍSES

COPYRIGHT 1922

IMPRENTA DE CAÑO RAGGIO, MENDIZÁBAL, 34, MADRID

AÑO II: MCMXXI — VOL. I

ENERO · FEBRERO · MARZO

A MI HERMANO JOSÉ ENRIQUE,
en el Cairo,
por la lejana y muy elegante
austeridad de su vivir.

POUSSIN Y EL GRECO

Y OTRAS NOTAS DE ESTÉTICA

POUSSIN Y EL GRECO

LAS RAZONES DEL CORAZÓN Y LOS SENTIRES DE LA RAZON

«El corazón tiene sus razones que la razón no conoce». Concedámoslo de buena gana a Pascal... Pero que Pascal nos conceda a su vez que la razón tiene sus sentires en que el corazón no palpita.

Artista típico de esos sentires de la razón, exclusivos a ella, fué Nicolás Poussin. Al lado de las de Racine, se encuentra en sus obras la máxima expresión en belleza del «sentimiento de racionalidad».

El extremo opuesto, en la tabla de los valores de cultura, viene señalado por el Greco. Estamos con él, como con Pascal mismo, en el

centro del turbulento dominio en que la irracionalidad enciende sus temblorosas hogueras.

Felicitémonos de que, por fin, gracias a Aureliano de Beruete, el Greco pueda ser desde hoy estudiado, en nuestro Museo de Pinturas, con aislamiento y dignidad... Pero felitémonos también, y con más esperanzas de edificación espiritual todavía, de que, por obra de la misma Dirección lúcida, los Poussin del Prado se hayan visto devueltos a aquel simple honor de que hace tiempo les privaba la incuria: al de ser vistos.

APOTEOSIS Y PRENUNCIO

¿La incuria sólo? ¿No será que una ley oculta haya presidido a la alternativa entre el olvido de ayer y esta restauración de hoy, aún moderada, pero ya insinuante? Muere el genio,

pero su gloria tiene una ulterior biografía; también hay, dentro de esta biografía, juventud, madurez, vejez. Y así como un mismo certamen puede reunir al ocaso majestuoso de un Esquilo la clara mañana de un Sófocles, así acaso el doble homenaje del Museo conceda hoy simultaneidad a la apoteosis de un maestro, que ha regido un ciclo entero de espiritualidad y al prenuncio la gloria de otro, que ha de inspirar, si no regir, el ciclo nuevo, el que se abre mañana mismo.

Siempre Theotocópuli y Poussin serán dos grandes pintores. No se trata de esto. No se trata de aquilatar, ni siquiera de preferir. Pero, objetivamente, puede acontecer que, si el cretense fué el numen de todo un «Fin de siglo», venga un instante en que el normando se vuelva el numen del Novecientos.

EL GRECO.—POUSSIN

El Greco era, sin duda, un pintor para literatos. Su vindicación, obra del romanticismo. Aquí triunfan lo dinámico, lo embriagado y místico, la supremacía de la pasión. Se ha dicho si era oftalmópata... No; lo que pasaba es que estaba bebido. Bebido de zumos de Dios y de crepúsculo. En esta situación, las cosas pierden su peso; y al perder el peso de las cosas, llaman —han llamado— los poetas: espiritualizar.

Pero Poussin será un pintor para filósofos. Lo que hoy le vindica, lo que le exaltará en un inmediato mañana, es el nuevo apetito de claridad, de precisión, de objetividad depurada, que el ideal clásico (no neo-clásico, palabra casi sin sentido) del Novecientos trae consigo;

es la sed de Ideas —no de los conceptos del cientista, no de las sensaciones del impresionista—; de Ideas, es decir, conceptos y sensaciones a la vez, y de una vez, en entidad única... Llamamos Ideas a los conceptos cuando —directa, no alegóricamente— pueden ser esculpidos. Aquí nos encontramos lo más lejos posible de la embriaguez: nos encontramos en la vecindad de la Geometría. (De la Geometría, no del Análisis.)

Lejos de mí, dar a estas expresiones «pintor para literatos», «pintor para filósofos», un sentido de depreciación cualquiera. Repito que aquí se trata de definir, no de valorar ni de gustar. Si aquéllas chocan con una cierta dignidad cerrada del tecnicismo profesional o le repugnan, no veo desventaja en sustituírlas por otras que, para el caso, creo en absoluto equivalentes. No veo desventaja en decir que el Greco era un pintor para pintores, mientras que Poussin será un pintor para escultores.

Que, para Poussin, espiritualizar las cosas no significa quitarles su peso. Significa, al contrario, apreciar este peso con exactitud y enlazarlo con otros y conceder a todos así aquella absolución suprema de la gravedad que se llama el equilibrio.

La tierra nos atrae. Parece que de esta atracción la vida puede emanciparse de dos maneras: volando o manteniéndose en pie. Volar es más poético; pero mantenerse en pie es más noble.

El Greco: pintor de las formas que vuelan. Poussin: pintor de las formas que se mantienen en pie.

LA GRAVITACION DE LAS ARTES

Alguna vez he llamado *ley de gravitación de las artes* a la que en cada etapa de la cultura las seria diversamente y convierte cada

una de ellas en algo así como el ideal de la inmediata.

Hemos conocido la hora de la música. Ayer mismo. Probablemente no había en Europa, al comenzar el último cuarto del XIX, nada en arte que alcanzara a la grandeza de Wagner. La poesía quiso pronto no ser más que musical; esto se llamó simbolismo y también otros nombres. La pintura quiso volverse poética: he aquí el impresionismo. La escultura, pictórica, y recoger la luz y el ambiente: Rodín, Medardo Rosso. La arquitectura quiso esculpir.

Un salto en la rosa de los vientos de la cultura. He aquí la disposición invertida. La arquitectura se ha convertido en centro de atracción. La escultura no ambiciona ya sino parecerse a ella. Y la pintura se esfuerza en alcanzar a la escultura. «Cubismo», «planismo», «estructuralismo» —nombres tan impropios, supersticiones tan equívocas, ocasiones tan propicias a la farsa como lo fueron «simbolismo»

o «decadentismo» ayer—, no significan, en lo que tienen de serio y fundamental, otra cosa.

Es la hora en que empieza el culto estético de las cosas que se equilibran, preferentemente a las cosas que vuelan.

PERSPECTIVAS

Estético y más que estético. La misma oposición de valores entre las cosas que vuelan y las que se equilibran, entre música y arquitectura, entre clasicismo e impresionismo, entre «Fin de siglo» y «Novecientos», entre el Greco y Poussin, podría llevarse —hay que llevarla— a la pedagogía, a la política, a las costumbres...

No hoy. Hoy no he querido otra cosa que poner un poco de alegría y un poco de metafísica al margen de las reformas del Museo.

Alegría, metafísica... Para mí, con nombres distintos, la misma cosa.

REVISIONES

HOJA DE CARNET

Como apresurado viajero de negocios el esquema mnemotécnico de las ocurrencias fugaces que le agitan, así yo esta noche he trazado en el tren y con el tren en marcha, índice de algunas importantes cuestiones por revisar.

La hoja de mi carnet empieza así con dos notas que dicen, una tras la otra: «La cuestión del aguafuerte.» «La cuestión de James Mac Whistler.»

Luego, siguen otras. Pero hoy meditaremos sobre estas dos reunidas, porque su almendra creo que ha de ser el estudio del valor de la conciencia y de la lucidez en arte, y de

la licitud o inmoralidad de entregar una parte de sus efectos a la acción ciega de las fuerzas físicas y a la obscura casualidad.

EL AGUAFUERTE

Mucho nos atrajo hace algún tiempo el prestigio del aguafuerte, mucho cosquilleó nuestra sensibilidad. Hay que revisar esto. Y, al revisar, conviene, antes que nada, distinguir.

He aquí un grabado de Durero. He aquí un grabado de Rembrandt. Su significado, más que distinto, es ya opuesto. Vale aquél por la soberana precisión. Este, por su profundidad misteriosa. Si en aquél ha mordido el ácido lo que el albedrío preveía, en éste ha roído lo que sólo la subconsciencia adivinó.

Echo por delante el nombre de Rembrandt

para mostrar cuán extraña es la cuestión del personal mérito artístico a la presente nota. Pero, en realidad, a quien me importa residenciar hoy es a los artistas modernos, que no sólo aceptan, como Rembrandt, una matización hija de la subconsciencia pura (y esto ya empezaba a ser inmoral y peligroso), sino la del puro azar físico; y de esto sacan el engaño y ventaja de su manera de grabar.

Lo que se llaman «*las sorpresas* del aguafuerte», aquel juego casual e infinitamente variado de tintas, medias tintas, cuartos de tinta y esfumaturas, de trazos incisivos mezclados a indecisos vapores, de huellas líquidas o gaseosas en que el trazo naufraga para reaparecer un poco más lejos con rara intensidad, tienen sobre nosotros una sutil influencia de seducción, como ocurre siempre con cuanto balbucea en el mundo. Pero en el mundo no debe balbucearse, sino hablar. En las artes debe hablarse también muy claro, y si es posible muy corto.

El aguafuerte moderno es un arte que *balbucea*, como han querido paralelamente balbucear en el arte literario un Maeterlinck o un Pascoli. Esto no me parece noble.

Ni digno tampoco del creador artista conceder tanta parte y papel a lo que no es albedrío. Los resultados pueden ser, cuando se obra así, maravillosos para un día; son deleznables ante la eternidad. ¿Qué seducción supera al efecto encantador de esta cerámica policroma y opulenta en reflejos, tan sorprendente como suntuosa, en que como principal artista ha operado el fuego, hermana del aguafuerte, en que como principal artista ha operado el ácido? No obstante, si adquirís una de las piezas de esta cerámica y la introducís en la intimidad de vuestra diaria vida, veréis cómo el prestigio acaba por disiparse y la contemplación del objeto, por fatigaros. Sólo lo claro no cansa; sólo lo arbitrario es claro. Dar demasiado margen a la casualidad, a la fatalidad, *al*

demonio, denota satanismo. Y toda misa negra turba durante una media hora; luego, hastía.

Nuestra revisión concluye, por ahora, con el temor de que llegue a hastiarnos la misa nenegra —o, por lo menos, misa en clarobscuro—, del aguafuerte.

WHISTLER

CADA vez se habla menos de Whistler. Pero el caso es que un juicio de revisión decididamente adverso no se ha pronunciado aún.

Creo que de los «Nocturnos», de Whistler, también podría decirse un poco lo que hemos dicho aquí de los aguafuertes en general y de la cerámica policroma y suntuosa. Eso no es lo bastante claro para gustar siempre. Hay, también, demasiado demonio y excesiva magia... Sin embargo, aquí se ha atribuído, sin duda,

al azar— por lo menos al azar físico—, una parte infinitamente menor. En un artículo de M. George Mallet, aparecido recientemente en la *Revue de l'Époque*, encuentro curiosos detalles sobre la técnica colorativa del pintor, artificioso hasta la sabia minuciosidad.

Parece que Whistler se servía, para la preparación de sus colores, del aceite de lino y la esencia de trementina. La forma de la extremidad de sus pinceles era también distinta de la ordinaria; el pintor les despegaba los pelos, acercando aquéllos a la llama de una bujía y les daba una disposición especial. La disolución de los colores era realizada con mastic, copal y trementina. Los colores puros, colocados en lo alto de una paleta, dividida en compartimentos: las mezclas, debajo, correspondían a los tonos principales que pensaba emplear en la tela, que él, por otra parte, preparaba con un gran número de disolventes. El color dominante de los «Nocturnos» era el azul;

para eso pintaba antes la tela de rojo; luego llegó a substituír las telas por tablas de caoba, con lo cual los azules ganaban en intensidad. Para las noches sombrías, empleaba una tela gris. Para los fuegos artificiales, la tela era recubierta previamente con lápiz plomo. Una paciencia infinita arbitraba los menores detalles... Y luego aparecían a los ojos del público aquellas obras que parecen improvisadas en un momento de gloriosa alucinación...

Sí. Todo esto va muy bien. Pero acaso debe decirse de la obra de arte lo que de la mujer del César: La obra de arte no sólo debe ser lúcida, sino parecerlo.

"ULTRA" TIENE RAZÓN

QUIOSCOS DE MADRID

Feos, muy feos, los quioscos de Madrid. Dispersos, sin estilo, sucios, lacerados, apenas distintos del golfillo vendedor, a quien sustituyen. Además, una aglomeración de gacetas españolas es algo que desconoce lamentablemente las leyes del placer de los ojos. Ni atracción sugestiva ni armonioso consuelo. Nada en las cubiertas, de rasgos bravíos, gritando una luminosa estridencia; tampoco, de recogido buen gusto.

Caricaturas plebeyas, la cabeza grande (¡todavía!), el cuerpo chico. Fotografías pálidas de toreros. Cupletistas gordas, muy negro el moño,

muy pobladas las cejas, muy encorsetado el busto; tiples de zarzuela, en tricolor. Y el documentalismo estúpido y sin estilización de las llamadas publicaciones galantes. Y tanto retrato de señor particular, ojos sin luz, boca sin sonrisa, bigote recién salido del peluquero... Y lo demás, aquellos papeles y librejos caducados, olvidados, tostados por el sol, degradados por la lluvia, tristes del propio anacronismo.

Raramente, una mancha de color dichosa, un rótulo bien compuesto. Nunca, la gracia de un arabesco o de un ritmo.

Además, casi no encontramos quioscos. Los sustituye eso, invertebrado, amorfo, *achatado* —los puestos—. Lo primitivo: los cordeles y pinzas, la silleta, el hato, a medias desanudado y entreabierto... —¡Lejano bulevar!— Hay, entre un «puesto de diarios» y un quiosco, la misma diferencia visual que entre un queso y una tanagra.

SORPRESA

ATENCIÓN. He aquí que, un buen día, empezaron a poblar quioscos y puestos de Madrid unas anchas hojas blancas, con el descarado y vivacísimo agrupamiento de cinco letras en crudo color y de un garabato atrevido... Esto eran portadas; tras de cada portada había un periódico; tras de cada periódico, ciertos ideales estéticos; tras de estos ideales, un grupo juvenil literario.

Pero nosotros, de momento, no teníamos siquiera necesidad de averiguar tantos detalles del asunto. Nos bastaba con ver los horizontes urbanos madrileños alegrados —¡por fin!— con unos cuantos manchones gratos, en cuya repetición hallaba el mirar incentivo y a la vez un reposo de armonía muda. Inmediatamente dimos la razón a la nueva revista. Sí: «*Ultra*»

tenía razón. Opticamente, por lo menos, *tenía razón.*

Los ojos —hablemos siempre a la manera de Pascal— tienen sus razones en que la Razón no ve gota.

Ultra las conocía. No es poco.

SIN PRECEDENTES

Y es mucho la aparición en Madrid de un grupo de escritores preocupados sinceramente por las artes gráficas. Las particulares tendencias interesan menos aquí. Lo que importa es el hecho de la preocupación misma, de la competencia, del amor.

Me atrevo a decir que esto no tiene precedentes en la literatura castellana. No conoció el romanticismo en España su Teophile Gau

tier, su Baudelaire, golosos de pintura, sabios en el análisis de su propia gula y de la ajena. Tampoco, el período realista; da grima leer lo que escribieron sobre cuadros y estatuas, imaginarios o reales, los novelistas de mil ochocientos ochenta y tantos. Galdós dibujaba y, como Víctor Hugo, llegaba a dibujar muy bien; pero ni en sus escritos se adivina un gusto particular por las artes plásticas, ni, sin una indiferencia absoluta en este punto, pronto ayudada por la enfermedad de la vista, puede comprenderse que llegara a soportar tanto tiempo la persistencia rojo-gualda de las cubiertas de sus *Episodios Nacionales*... El mismo Clarín, tan informado en varios saberes, y, por otra parte, tan cauto, dejó en las primeras páginas de *La Regenta* significativo testimonio de lo que puede ser descripción de una catedral vista por un incompetente.

Tal vez Valera representó en esto, como en tantas otras cosas, si no una excepción todavía,

una posibilidad de excepción. Yo alcancé, de estudiante, a conocer al gran académico, quien, el día de mi presentación, me regaló un ejemplar de un libro suyo, cuya edición acababa de repetirse, llamado *Garuda o La Cigüeña blanca.* Este ejemplar llevaba ilustraciones dibujadas por un sobrino del autor, por el escultor Coullaut-Valera. Y atormentaba al tío, ya tristemente ciego, la sospecha de lo mucho que los dibujos del sobrino dejarían que desear. Llamándome aparte, mientras sus viejos dedos recorrían y acariciaban las páginas en papel satinado del volumen decíame, con casi angustiada voz: «¡No me engañe! ¿Verdad que las mujeres *retratadas* ahí no tienen nada de *superfinas*...?» No me atrevo a asegurar, sin embargo, que el gusto de don Juan por estas materias tuviese muy firme orientación. Imagino que aquí, como en la afición de Stendhal por la música, habría más epicureísmo que platonismo, más afición a los servicios que el arte puede prestar como

lujo social y aun como la tercería galante, que a los valores propiamente estéticos.

Aquella mala tradición persiste entre los escritores contemporáneos. En muchas disciplinas laicas o herméticas es probablemente docto, o, por lo menos, admirablemente intuitivo Valle Inclán; pero, en pintura y escultura, la verdad sea dicha, no me lo parece.

LA VICTORIA DE LO SINÓPTICO

Si ahora, con la preferencia escolástica que les pluguiera, apareciesen aquí, juntos y a la vez, veinte escritores que, rompiendo con aquella tradición, mostrasen vocación de dar al César lo que es del César, quiero decir, diesen a los ojos lo suyo, creo que el panorama de la literatura española se modificaría en mucho y se modificaría en bien.

No puede negarse que ciertas notas comunes a los más radicales ensayos de vanguardia ofrecen para ello la más pintada de las ocasiones. La más pintada, lo digo casi sin tropo. ¿No son aquéllos los que muchas veces ligan con lazo tan estrecho poesía y tipografía, que llegan a identificarlas? ¿No han vindicado la primacía de los elementos de presencia sobre los elementos de referencia en la técnica de la literatura? ¿No son ellos los que, subvirtiendo la clasificación pedagógica de las artes, domeñan y castigan las de la palabra, hasta intentar, si no lograr siempre, expresar con ellas un contenido «sinóptico», no ya sucesivo?

Recordémosla otra vez la ley de gravitación de las artes. Cada época conoce una a la cual tienden las demás, invadiendo fatalmente el campo de la inmediatamente vecina. Cambia la época, cambia el centro de atracción. El XIX fué, probablemente, insisto en ello, el siglo

de la música; la literatura quiso ser musical entonces; la pintura, literaria; la escultura, pictórica; la arquitectura, escultural. Cuando tras del ochocentismo, viene el novecentismo, el orden se invierte; ahora es precisamente la arquitectura la que atrae. Ciego será quien no vea que hoy los poetas están más cerca que nunca de los pintores... —Y ser ciego es cosa que me parece hoy más grave que nunca.

EL FUTURO DE "ULTRA"

TAMBIÉN hay que serlo para desconocer que, aun a través de las manifestaciones más pintorescas y alborozadas de la pequeña literatura, a través de sus agitaciones y aun de sus contorsiones, algo muy serio va consumándose en el espíritu contemporáneo.

Refiriéndome concretamente a España, he aquí un acontecimiento que, entre otros no menos importantes, se realiza: El *paréntesis* que aislaba el arte moderno del sentido de ciertas manifestaciones muy brillantes y muy castizas del gusto popular, *está a punto de cerrarse.* Con dar a los ojos lo suyo, hemos vuelto a encontrar reflexivamente el secreto de una estética muy espontánea y muy valiente *que fué toda ojos.* Paralelamente a lo que de las relaciones entre religión y ciencia se ha dicho, puede aquí afirmarse que *poco arte, aparta del pueblo; mucho, vuelve a él.* Y siempre el sumo refinamiento se ha confundido con la sencillez extremada.

Esta portada del periódico de vanguardia, que muchos, en su sorpresa, juzgarán de influencia cosmopolita, de extranjeriza aportación, es, sin embargo, en la producción de nuestros días, lo que más puede recordarnos la gloria y prez ópticas de una manta zamora-

na, de un plato de Manises, de un realce de Lagartera... La anterior generación de pintores creyó ser racial incluyendo, anecdóticamente, estos elementos en los cuadros, en guisa de documentos... Pero, como dijo Worswodth, «imitar la *Iliada* no es imitar a Homero». Figurar un Talavera en un cuadro no es hacer lo que se hacía en Talavera.

Y si los artistas del «*Ultra*» quisieran escucharme, pronto los mismos rótulo y garabatos que, impresos en unas hojas blancas, redimieron un día la desmayada tristeza de los quioscos madrileños, figurarían en el fondo de un jarro, en el ángulo de una guarnición, en el reverso de un tapiz...

GLOSAS DEL AÑO NUEVO

NOTAS SOBRE EL TIEMPO Y EL PASO DEL TIEMPO

METAFÍSICA O CAPRICHO

El inicio de un año invita a reflexionar sobre el paso del tiempo. Pero juzgaría indigno de los lectores del Nuevo Glosario, avezados a compensar la angustia por la fragilidad de los días con la lección de la fortaleza de las obras, entretenerles en elegías sobre lo caduco, en votos para lo venidero, o en cualquier otro linaje de efusión literaria que no trajera a serio examen el tiempo mismo —a examen bajo especie de eternidad—, lo cual no quiere decir necesariamente metafísica: puede significar igualmente capricho... Las categorías son eternas. Pero también pueden tener los caprichos una vida bastante dura.

Precisamente el paso de lo caprichoso a inmortalidad —más aún, a divinidad—, constituye lo que se llama mitología.

DE LA MEDIDA DEL TIEMPO

OFICIALMENTE, hay siempre para el tiempo una medida común. De minuto a día, las divisiones del reloj. De día en adelante, las del calendario. Estas unidades divisorias, abstractas por genéricas, deben aplicarse teóricamente por igual, como otros tantos continentes, sin tara de particular representación, a cualquier contenido de acontecimientos. No de otro modo cabe llenar, por ejemplo, una determinada medida de capacidad, con perfecta indiferencia en lo cuantitativo, hoy de grano, mañana de líquido, si ayer de pasta o de jalea.

Sin embargo, a poco que nos detengamos en

el asunto se abrirá a los ojos de nuestro análisis un panorama de complejidad. Veremos, por el pronto, que es imposible hacer abstractas a todas las divisorias del tiempo, despojarlas a todas de la impureza de una sensual representación. «Una hora», «un siglo», aparecerán, en este sentido, como medidas *puras* igual que pueda aparecer «un decilitro» o un «hectolitro». ¿Pero quién separará de la unidad «día» su esencial imagen de una sucesión constante y regular entre noche, aurora, mañana, meridio, tarde, crepúsculo? ¿Quién emancipará al «año» del juego simétrico de las cuatro estaciones? ¿Quién no ve en la unidad «trimestre», coincidente poco más o menos con «estación», una *naturalidad* que le da ventaja —o inconveniente, como se quiera—, en contraste con la *artificialidad* de las unidades «semana», «mes»?

No abandonemos la consideración de esta última sin percatarnos —para mayor complicación todavía del problema— de que, en el caso

de la unidad de tiempo «mes», la artificialidad es tanta, que ya parece que debemos ver en ella, peor que una institución artificial, una institución contra natura. El mes del calendario, en efecto, olvida y desobedece al ritmo dado por la sucesión de las fases de la Luna —lo que a veces se llama «mes lunar»—, y que parece pedía ser tomado en cuenta para módulo, como sirve de módulo a la unidad «día» la sucesión de las fases del Sol. Necesidades de orden práctico, social, han impedido, lo sabemos todos, hacerlo así, y han impuesto en ello un canon de arbitrariedad más que de artificio. —Ya puede suponerse, cuando lanzamos semejante fórmula, que la cosa no nos apena; al contrario— Pero que particularmente esto nos traiga placer o pesadumbre, ahora no importa. Lo interesante es consignar que la heterogeneidad reinante entre las medidas divisorias del tiempo, impuestas por el hombre, es tan grande, que el tipo de ellas varía desde el concretísimo, ima-

ginable, fijo, de la unidad «día», adherida a una representación de orden físico, muy natural y muy clara, hasta el convencionalísimo y antinatural de la unidad «mes» —unidad irregularísima, por otra parte—, pasando por la abstracción indiferente de unidades del tipo del «siglo» o de la «semana».

Pues bien, dada esta heterogeneidad, dada la imposibilidad, a veces, de eliminar de lo que debiera ser continente puro, un contenido de representación, ¿es de creer que la medida ordinaria del tiempo se preste por igual al análisis de cualquier linaje de acontecimientos sucesivos? ¿El tipo de unidad que en orden de realidades resulte adecuado y propio, no se convertirá, trasladado a otro orden, en insignificante, acaso en inadecuado del todo?

El instinto del lenguaje vulgar ha dado de antemano acertada contestación a esta pregunta. El instinto del lenguaje vulgar que —aun no saliéndose de su orden único de sucesión, el

de la vida física del hombre— dice de la joven: tiene «diez y siete *primaveras*», mientras atribuye «setenta y siete *inviernos*» al anciano.

EL DÍA Y LA NOCHE

A propósito de estas unidades de medida del tiempo, no quiero desaprovechar la ocasión de probar una vez más cómo nuestro pensamiento cotidiano es de propensión dialéctica, aunque los hábitos educacionales se esfuercen en corregir tal propensión, imponiéndonos autoritariamente la generalidad de una lógica científica.

Por haber repetido muchas veces, en lecciones o estudios y aun en páginas sueltas, que el «principio de contradicción» (según el cual es imposible que una cosa sea a la vez ella misma y su contraria) debe ser substituído en filosofía por el que he llamado «principio de par-

ticipación» (que impone a cualquier realidad la necesidad de ser *hasta cierto punto* su contraria), esta teoría —aun después de un siglo de tradición hegeliana— ha sido considerada como obscura o difícil.

Sin embargo, se ha notado ya cómo, dentro de la más espontánea, corriente, práctica, de las ideaciones, la noción «día» designa a la vez una *sección* en la noción abstracta que opone el día a la noche, y *una totalidad sintética* en la otra noción, más filosófica, que da a la suma de veinticuatro horas consecutivas el nombre de «día».

El «día» incluye así, por necesidad, a su contrario: la noche.

Diráse, tal vez, que no hay aquí sino una cuestión de lenguaje; y que lo mismo que se ha dado el nombre de «día» a una sección de él se le hubiera podido dar otro nombre cualquiera... —Contestaremos: probad de hacerlo así, en uno de los idiomas en que el hecho se verifica.

Probad de llamar, en ellos, «día» al intervalo de aurora a aurora y designar con otro nombre al comprendido entre aurora y crepúsculo... ¡Qué dificultad y, precisamente, *qué confusión!* ¡Cuántas formas, cuántos ritmos mentales —*y no hijos únicamente de la costumbre*— venidos al suelo, arruinados!... En rigor, tendréis que inventar, como percusión de vuestro atrevimiento, toda *una lengua nueva*, es decir, *toda una nueva manera de pensar.*

Sí: aquella síntesis es una cuestión de lenguaje. Pero, ¿qué pensamiento, después de todo, no es una cuestión de lenguaje?

AL BUEN TRABAJADOR
AL BUEN SENTIMENTAL

Volvamos a la necesidad de variar la unidad de medida del tiempo, según el linaje de acontecimientos a que se aplique. Es tarde, y, hoy

por hoy, nos limitaremos a un par de ejemplos.

Para la medida, y consiguiente pago, del tiempo aplicado al trabajo, *la unidad del buen trabajador* me parece *debe ser la semana.* Un día, es poco: paga de bohemio o de hombre-de-pena. Un mes, ya es demasiada paga de funcionario o de señorito...—*¡Buen trabajador, cobra por semanas!*

La medida del tiempo, para quien quiera sentir la angustia del peso del tiempo —hay gustos—, *es la quincena.* En la quincena el tiempo está desnudo y muestra toda su pequeñez. —Días, parece siempre que hay muchos—. En los meses, en cambio, parece que caben muchas cosas: un velo de ilusión se interpone así entre la imaginación y la nada. —Con la quincena ocurre, que la quincena no contiene nada, y a la vez, que hay pocas quincenas—. Cuando el pobrecillo hombre piensa, de un lado, en que en una quincena no hay espacio para nada

fuerte; y, por otro lado, que el trimestre se compone únicamente de seis quincenas, es visitado por una sorda emoción de terror. —*Buen sentimental*, si te apetece este terror, *cuenta por quincenas.*

DE LA INMORTALIDAD DEL ALMA

De todas maneras, la mejor recompensa para el trabajador y el consuelo menos malo para el sentimental están en el hecho de la inmortalidad del alma.

Digo, hecho, no creencia. Porque he de declarar —y una nota de Año parece, en verdad, para ello ocasión excelente— mi esperanza de que, muy pronto, esta afirmación de la inmortalidad del alma venga a convertirse en la más segura entre todas las verdades seguras.

HORÓSCOPO DE LA LIBERTAD

NOCHE de Año Nuevo, estudiábamos la posición de las estrellas en el firmamento ideal del mundo. He aquí el horóscopo: Mil novecientos veintiuno puede reservarnos la sorpresa de resultar, a despecho de evidencias cronológicas, un año del siglo XIX.

¿Un año del siglo pasado? Sí; es decir, un año cuyas características morales signifiquen una reacción. Un año, por ejemplo, en que haya que conquistar libertad en la calle y a gritos.

Sabemos que la pura libertad nunca es alcanzada. Sabemos que su reino, interior y recogido, por lo mismo que lejano a la fatalidad, se encuentra fuera de la historicidad. Pero nuestro optimismo de creyentes en el progreso mo-

ral de los hombres pudo figurarse que, en la lucha por aquel bien supremo, había baluartes definitivamente ganados. Por lo mismo que se trata de un bien interior y recogido, quisimos fiar en que su conquista había de encontrarse ya para siempre situada en plano ideal, en ámbito silencioso. Para resumirlo en una fórmula simbólica muy sencilla: nos creímos con derecho a olvidar el aire y canción de La Marsellesa.

Probablemente habrá que volver a cantar La Marsellesa en mil novecientos veintiuno.

Otra canción, otro aire atruena hoy el mundo. Ya los hemos bautizado alguna vez como Marsellesa contraria: «La Marsellesa de la Autoridad». Ved: lección de autoridad dicta hoy Francia, cuyo seno aún gotea de haber parido la Revolución; lección de autoridad, Inglaterra, la de las tradiciones clásicas de liberalismo; lección de autoridad, los Estados Unidos, cuya base histórica y política fué la federación, quin-

taesencia de la libertad... ¿No es, después de todo, una férrea lección de autoridad también lo que viene de Rusia?

Escuchamos el aire, recogemos la lección. No abandonamos nuestra fe, sin embargo. Autoridad, está bien. Pero autoridad de quien la merece, de quien la gana. Autoridad de quien realmente la tiene, es decir, luminosamente revela la etimología de la palabra, *autoridad* de quien es *autor*. Quien crea, mande. Obedezca el estéril. Esta es la filosofía de la autoridad.

Pero entonces la autoridad se identifica con la libertad y las dos Marsellesas se funden.

Para llevar esta convicción a los hombres, para hacer prevalecer entre los hombres la tabla de valores derivada de ella, necesítase largo camino aún, camino que no puede proyectarse en línea recta. No es ningún descubrimiento que la Humanidad avanza en espira. Nuestra impaciencia pudo olvidarlo. Nuestro optimismo nos lo recuerda de nuevo.

Buen año, mal año: si en mil novecientos veintiuno padece la libertad, soportaremos el sufrimiento con entereza. De la reacción de hoy saldrá, en la espira, con la fuerza de un lanzamiento elástico, el progreso de mañana.

La libertad padece, pero no perece.

Este es el Horóscopo de la Libertad.

EL AÑO DE NAPOLEÓN

La Humanidad no elimina así como quiera a sus grandes sombras. Presiento que en 1921 —y en razón, o, más exactamente, con pretexto del centenario—, Napoleón Bonaparte va a ganar otra vez, entre los europeos, una presencia casi viviente. ¡Ha muerto, ha resucitado ya tan repetidamente el Emperador! Porque, en lo

profundo, no sólo *era él*, él exclusivamente, el Segundo Imperio; sino que todo el período de vida nacional francesa comprendido entre la *Commune* y la revisión del proceso Dreyfus, *era todavía él...*

Quien esto escribe llegó por primera vez a París, para sus estudios, en la primavera de 1906: puede asegurar que por entonces —y casi sin más oposición ideológica que las todavía incipientes del nacionalismo y del anarquismo— el verdadero gobernante moral de Francia era el Emperador Napoleón.

(La nota de actualidad material, *casi física*, de esta imperial supervivencia, hubo de notarse y apreciarse con exactitud, muy anteriormente cuando el cadáver augusto fué devuelto de Santa Elena y se le rindieron en París grandes honores funerales. «Los parisienses —cuenta un testigo— regresaban de allí como los fieles de un culto podrían regresar de celebrarlo ante un altar *cuyo Dios se encontrara presente*».)

Sin embargo, nada hay que se parezca menos que la actual política oficial francesa —digo «política oficial», porque cada pueblo tiene, en cada hora, una política extra-oficial y más importante— que el ideal de Napoleón.

Tal como aparece concretado en Santa Elena, este ideal se cifra capitalmente en el reconocimiento y unidad y liberación de todas las patrias. En rigor, Polonia no le interesaba menos que Francia, al gran corso de visión aquilina. También quiere que Alemania sea «un grande y noble país unido». —Dígase, por otra parte, con cuánta y cuán larga fidelidad ha devuelto el alma alemana a Napoleón esta generosidad suya: el estudioso encuentra continuamente allende el Rhin, y el curioso observa en seguida, incluso en la multiplicidad de los fetiches callejeros, rastros y señales del culto napoleónico.

¡Actitudes nacionales ricas en idealidad, ad-

mirables de penetración y previsión, que se iniciaban hace un siglo, y que hubieran podido llenar un siglo! Desde otro más lejano y obscuro, quien las inspira místicamente a Napoleón era el señor Carlomagno. Un imperio europeo que —como el de Carlomagno hizo con la Cristiandad un día—, diese cuerpo y molde político a la Revolución: esta es la obra de civilización que se perdió miserablemente en Santa Elena. No, en Santa Elena, no. En las cortes y tertulias europeas que sancionaron la iniquidad y remacharon los hierros de la cadena que, a la vez aprisionaba al Emperador caído y al Espíritu nuevo.

Porque fueron los regresivos de entonces, los Metternich de alma dura, quien realmente acabó con Napoleón y substituyó al amplio ideal de Napoleón una política y una diplomacia de suspicacias, de nacionalismo estrecho, de localismo mezquino y celoso. Esta política triunfó en toda Europa, de momento.

Su consecuencia trágica, para Francia, se llama 1870.

Después de la dura lección de la catástrofe, parecieron esta política y esta diplomacia hundirse definitivamente. Pero, he aquí que inmediatamente después de la liquidación del proceso Dreyfus, las vemos asomar de nuevo. A los intelectuales del neonacionalismo francés les cabe, en gran parte, la responsabilidad de haberlas resucitado, entre caprichos literarios y escarceos de diletante. (Estos días he leído —no lo conocía aún— *Les Amitiés françaises*, de Maurice Barrés: es una infamia.) La voracidad financiera, las fatalidades del gran capitalismo produjeron el resto... Llegamos a la «gran guerra». Llegamos a la «mala paz». Sombra contra sombra, redivivo contra redivivo, el señor de la nueva época, el que otra vez descorona y hunde a Napoleón, es Metternich. Invisiblemente, la figura senil, fría, obstinada —ella y jamás Wilson—, es quien se ha sentado

en la presidencia de Versalles, de Spa, de Ginebra.

¡Pudiese 1921 traernos el desquite! ¡Pudiese —lo hemos previsto, lo hemos anunciado, pero acaso el ardor del deseo nos engaña—, pudiese 1921 devolvernos el Emperador!

LOS CONTEMPORÁNEOS

CHESTERTON

En el antiguo teatro de la India, muchas veces los juglares, digamos los *clowns*, encargados de los intermedios cómicos, son sacerdotes... —No nos extrañemos demasiado; recordemos que entre nosotros toda una escuela y tradición de pintura, no impía ciertamente, ni siquiera satírica o zaheridora, ha tomado las escenas de la vida frailuna como inagotable acervo de picardías.

Chesterton me parece algo así como uno de aquellos payasos. Chesterton no escribe ya una teología de la paradoja, sino una teología de la gansada.

Agudo, sin duda; pero todavía más gordo que agudo. Obeso «moral y materialmente», como

diría aquel antiguo alcalde de Figueras que un día afirmó que la Rambla de su ciudad estaba bien regada «*moral i materialment*»... Tan obeso, que cuando decimos que el catolicismo de Chesterton está dentro de la ortodoxia, lo que nos parece ver con los ojos de la imaginación es a Cherteston mismo, dentro de un coche de plaza —dentro de un cupé, para decirlo con más precisión.

No veo en el mundo intelectual contemporáneo —y menos en el mundo piadoso— rastro notable de una influencia de Chesterton. Exceptuamos de esta afirmación Cataluña, donde, —por caminos que algún día detallaré— el *chestertontismo*, es decir, en síntesis, el retorno *humorístico* al tradicionalismo escolástico y ortodoxo, parece respirarse, manifestándose difusamente en algunas páginas escritas y acaso concretamente en alguna.

Fuera de eso, en Francia, nada. En Inglaterra, nada. En Bélgica, nada. En Roma, menos.

El día que Chesterton desocupe el coche, quedará éste vacío, y a disposición de quien lo quiera tomar.

SIMMEL

Hay una fábula de Esopo en que uno de los protagonistas se queja del otro porque le enturbia el agua que ha de beber.

No recuerdo si el quejoso era el lobo o el cordero. Lo que sé es que yo, y otros acaso conmigo, tenemos una gran queja contra Simmel: Simmel había enturbiado el aire de Venecia, antes de que nosotros lo respiráramos.

¡Aire claro de Venecia! Desde las visiones de los pintores venecianos en los museos, hasta las páginas de Silvio Pellico, todo contribuye a clarificarlo, a hacerlo más transparente todavía en la imaginación del curioso. Todo, menos el

conceptualismo excesivo de un esteta cuando espiraliza la propia reflexión.

Venecia es una ciudad sin polvo. ¡Malhaya el filósofo, que ha consumado la mala obra de cubrir de polvo Venecia!

HOUSTON S. CHAMBERLAIN

No, el mal no está en la actitud del diletante. Chamberlain la defiende con tanta justicia como gracia.

Lo peor no es que Chamberlain parezca un diletante, sino que parece un diletante *rico.*

Sócrates había adoptado también aquella actitud; pero Sócrates quedaba siempre como un pobre; casi, casi como un mendigo... Si no quería entrar en *la posesión* de las cosas del espíritu, esto parecía obedecer a timidez, no a opulencia y versatilidad.

Creo que en las paredes de un cuarto puede colgarse cuadros de diferentes escuelas, *a condición de que se trate de reproducciones.* Pero si reúnes en una sola habitación varias pinturas originales, *que sean de la misma escuela.* Una fotografía de Museo no daña a otra fotografía de Museo; pero un Rubéns a un Perugino, sí.

CROCE

SABÉIS lo que los franceses llaman, al definir un carácter, *un bourru bienfaissant?* Por fuera, todo dureza; la ternura, por dentro.

Como los crustáceos. En la superficie, el esqueleto; en lo interior, la carne blanda.

Hay pensadores que tienen un sistema rígido dentro, aunque lo de fuera sea blanda literatu-

ra; la carne cubre el esqueleto. Así, Schopenhauer.

Otros, al revés. Parecen, por fuera, sólidamente sistemáticos. Pero la procesión de la literatura va por dentro.

Benedetto Croce es así.

TAGORE

¿Os gustan, para dormir, las almohadas de pluma? A mí, no. Sea mi almohada un poco dura y bastante fría.

Hay autores para nuestra sensibilidad, como las almohadas de pluma, para nuestra cabeza. Su tibieza nos repugna un poco y nos da mareos.

Cuando tomo un libro de Tagore, tentaciones me dan de echarlo por alto y sacudirlo y

tundirlo con ambas manos, como se hace con las almohadas.

Hay que refrescar esta poesía. Alguien ha dormido ya encima de ella.

ANATOLE FRANCE

PREGUNTAMOS un día a Mme. Marguerite M*** sobre Anatole France. Nos dijo que France se encontraba ya en aquella edad en que los caballeros se encargan pantalones con cuadritos blancos y negros, para estar seguros, al verlos, de que tienen piernas.

Algo de esto ha habido siempre en el estilo de Anatole France. Parece como si Anatole France cuadriculase su prosa en frases cortas, para no perder nunca la seguridad de que es inteligente.

RUDOLF EUCKEN

«OCHENTA profesores, ochenta» —dicen, de su orquesta, los carteles de las representaciones de gala.

«Quince valores morales, quince» —podemos decir de la filosofía de Rudolf Eucken.

LA TRANSFORMACIÓN DEL MUNDO

FEMINISMO

NO ENTRE QUIEN NO SEA GEÓMETRA

No lea quien no esté completamente limpio de cualquier propensión al vodevil o a lo vodevilesco.

Vamos a tratar de cosas graves. Estas, como las demás cosas graves, pueden prestarse, en ocasiones, a la sonrisa. Me parece muy bien. Sólo me interesa añadir que una ocasión de este orden no debe considerarse ofrecida —ahora— aquí.

EL DERECHO DE LA MADRE

«Los hijos son más de la madre que del padre». Claridades de naturaleza parecen sugerir el precepto. Muy a menudo, voces femeninas, humildes o enérgicas, lo reclaman.

Pero ya hace algún tiempo que apareció el libro de Bachofen, *Das Mutterrecht,* y en él una tentativa teórica para vindicar el valor del vínculo de paternidad sobre el maternal. Tiene éste un carácter material y sensible —dice Bachofen—: el otro es espiritual e idealista. «Despojada la paternidad viril de cualquier manifestación visible, no puede nunca, ni siquiera en el caso del matrimonio, privarse de cierta nota de ficción. Como el padre sólo por intermedio de la madre participa en el nacimiento, ha de

aparecer por necesidad como una potencia constantemente lejana».

Esta oposición de caracteres es llevada en seguida a una región trascendental. «En el prevalecer de la paternidad sobre la maternidad, hay la liberación del espíritu sobre los fenómenos de la Naturaleza; en su afirmación, muéstrase la victoria del ser humano sobre las leyes de la vida material. Si el principio de la maternidad es común a todas las esferas de la telúrica creación y al hombre, éste, estableciendo la superioridad del poder generador, le liberta de tales vínculos y adquiere conciencia de su misión».

El cuadro se amplía. Ahora nos encontramos en una cumbre, ante un panorama vasto, sobre campos de justicia y de cultura. He aquí algo de lo que vemos. Vemos que la maternidad, si es completamente justo lo dicho anteriormente, pertenece a la parte corpórea de la especie humana, y conserva, por lo tanto, la conexión del

hombre con los demás seres. En cambio, el principio paterno y espiritual es propio únicamente del hombre.

«La victoriosa paternidad desciende así, por manera decidida, del cielo luminoso, como la paridora maternidad aparece contigua a la genitora tierra.»

"PIEDAD" — "MATERNIDAD"

PERO lo dicho anteriormente no es del todo justo.

He aquí el pueblo de Amarante, en tierras de Portugal, cerca de Oporto, y donde reside el poeta Teixeira de Pascoaes. Para ir a la casa del poeta debe cruzarse un puente, bordear una iglesia. Y en el muro de esta iglesia se abre un nicho, desde el cual una Madona parece pro-

teger el paso de los caminantes y provocar la ofrenda pía de su saludo.

Singular imagen. No una *Maternità*, es decir, el grupo de la joven Madre y el Niño en su regazo. No una *Pietà*, que en España llaman «Dolorosa», con el cuerpo exánime del Hijo, tendido sobre las rodillas de la transida Madre, sino, en cierto sentido, «Piedad» y «Maternidad» a la vez. El Hijo es ya adulto y barbudo. Pero la Madre no le deja sobre las rodillas, sino que le aúpa, como si fuera un pequeñuelo todavía, hasta la abundancia del pecho.

Cuando vi por primera vez esta imagen, el corazón me dió un brinco. ¡Qué símbolo, qué «descubrimiento»! Hay una maternidad más amplia, más extensa que la maternidad material, parturienta y nutricia. Hay la maternidad inacabable.

Aquélla, en efecto, como dice el autor de *Das Mutterrecht*, liga al hombre con la tierra.

Pero ésta se emancipa de los límites de la Biología para entrar en la esfera de la Dignidad.

LA DEBILIDAD DEFENSORA

La fórmula ideal de semejante maternidad sobretelúrica, me parece ser ésta: *la Debilidad Defensora.*

Amplia, constante función de la debilidad defensora, en la sociedad y en el espíritu. Acaso, en el fondo, sociedad y espíritu no son otra cosa que esto.

¿Cuándo aparece la vida? Cuando la inestabilidad celular. ¿Cuándo la conciencia? Cuando la inestabilidad celular se acentúa y el equilibrio se vuelve aún más precario.

¿Quién protege a la primera Edad Media de la barbarie? El monje. ¿Qué salva la segunda Edad Media de la ruina? En el fondo, Clemencia Isaura. La entidad inerme ha defendido constantemente las mejores substancias huma-

nas contra la fuerza física y contra la fatalidad material.

En la contienda teórica entre el valor del vínculo paterno y el materno, el amparo del hijo por el padre entra en el orden de las cosas físicas: el padre es el más fuerte. Al contrario, el amparo del hijo adulto por la madre, más débil, asciende al cielo de la idealidad.

Bachofen no tenía razón.

FEMINISMO

Bachofen no tenía razón ni la tienen los que, como brillante y recientemente, nuestro docto Marañón, han ajustado las cuentas al feminismo en nombre de lo fisiológico.

Concedido todo lo que es argumento. Pero negada la legitimidad de la jurisdicción.

Con la idea de la Mujer-Ciudadano, como con la de la Virgen-Madre, la biología nada tiene que ver.

Estamos, con el feminismo, en el imperio de la Dignidad. Estamos en el momento de superación de la naturaleza en que el Hijo adulto y barbudo es aupado hasta el seno de la Madona de Amarante.

EN TARRAGONA

LECCIÓN DE LAS PIEDRAS

Entre las piedras nobles de Tarragona he meditado muchas veces, he hablado alguna acerca de la idea de orden. Esto es allí muy fácil. Para alcanzar la comprensión de la esencia del orden, en una ciudad clásica como Tarra-

gona, casi no debe hacerse otra cosa que aprovechar, con un poco de lucidez, la grave lección que, calladamente, dan las piedras mismas.

Restos de alguna civilización pública y civil, como la romana, vemos en estas ciudades las piedras venerandas convertidas en miserable ruina al servicio del afán de apropiación y de la codicia particular. Losas de los templos embaldosan hoy el pavimento de los domicilios. Labrados sillares de murallas se convierten en material para construcción de una casa de alquiler. Bellas columnas y capiteles antiguos sostienen las bóvedas de sombrías bodegas, donde acaso un acaparador sin alma esconde sus reservas de grano o de aceite. La estatua del altar, caída, rota, robada, profanada, sirve acaso para adobo económico o para decoración bastarda de una tienda o de un almacén.

Pero las piedras, después de un silencio secular, han venido a clamar a nuestra conciencia de hombres modernos. Y entonces ha sido

necesario deshacer, larga y pacientemente, la obra de la sordidez burguesa. Ha sido necesario devolver la estatua, si no al templo, al Museo, y derrocar el almacén utilitario para sacar a la gloria del aire y del sol el puro contorno de la columna. Ha sido necesario devolver a la utilidad pública y a la civil función de todos aquellas cosas que la avara utilización privada se había reservado. Así se han redimido del mundo obscuro de la Propiedad, para darse al mundo luminoso de la Cultura.

LECCIÓN DE LAS HORAS

Pero semejante lección de las piedras coincide fundamentalmente, para nosotros, con la lección de las horas. Lo que en Tarragona se aprende coincide con lo que nos enseña el espectáculo social del mundo. Llena está hoy la

sociedad de restos de una civilización antigua, de un viejo régimen que tenía sus defectos, que tenía sus crímenes, que amparaba aquellas injusticias contra las cuales ha protestado el grito unánime de toda la historia moderna; pero que, indudablemente, representaba una organización con coherencia, una construcción bien estructurada, una subordinación del interés particular al interés público; un orden, en fin, *un sacrificio de la Propiedad á la Cultura*. Esta antigua civilización social, el individualismo del XIX parece haberla arruinado. También aquí las columnas han sido secuestradas en las bodegas y las imágenes sagradas han servido para restaurar los almacenes del negocio. Industrialismo y financierismo han trabajado, en triste desenfreno del egoísmo particular, para deshacer la obra de siglos, y nos ha dejado, en patrimonio triste, el desorden y la violencia.

Sobre el desorden, sobre la violencia debemos ahora reedificar. Y precisamente a este tra-

bajo por la restauración de un orden es a lo que las gentes tímidas o los místicos milenarios llaman —con sentimiento distinto, pero con igual ilusión óptica— la revolución.

LA IDEA SOCIAL

Un orden, una subordinación de los intereses particulares al interés colectivo no puede existir donde no existe un centro religioso de los entusiasmos, *una idea social.* La humanidad ha conocido fundamentalmente, sucesivamente, dos *ideas sociales.* Ha conocido la idea social, fundamento del orden antiguo, es decir, la guerra. Conoce otra idea social, fundamento del mundo nuevo: el trabajo.

No creo poder ser tachado de indulgente ante

el crimen de lesa humanidad constituído por la guerra. Tengo hoy la satisfacción de conciencia de haber sabido resistir, casi solo en Cataluña, durante cinco años de locura bélica (y peor si esta locura era simulada), a una corriente de opinión avasalladora, y de haber guardado incólume, a riesgo de un castigo de impopularidad, el ideal de la unidad moral de Europa, de la unidad moral del mundo... Pero he de reconocer, como reconoce cualquier historiador sereno, como lo han reconocido Proudon, Sorel, Edouard Berth, que el ideal de guerra se traducía en cierto orden para el viejo mundo; se traducía en la existencia de una civilidad heroica, guardada por las virtudes de la virilidad, por el heroísmo y el honor y por los hábitos de generosidad y de leal compañía, adquiridos en los campos de batalla o comunicados por una tradición, hija de los campos de batalla.

Caducó este ideal en nuestras conciencias.

Perdióse el tipo de la civilización militar, para no volver. Pero ha nacido, como nuevo hogar de humana religiosidad, el ideal del trabajo, núcleo de la ciudad de mañana. También aquí la generosidad puede florecer, puede producirse el sacrificio de lo individual a lo colectivo. El trabajo tiene igualmente su compañerismo fraterno y conoce el sentido de la virilidad, del heroísmo, del honor. En torno del culto del trabajo y de las leyes del trabajo nace un orden nuevo.

Seguramente, entre estos ideales no hoy nada. Entre la idea social guerrera y la idea social operaria no cabe una idea social propiamente burguesa, porque ésta —el mismo Edouard Berth lo ha precisado— se caracterizaría, ya en su definición, por un contrasentido, la subordinación del interés público al particular; en otros términos, por la negación radical de la idea de orden.

LECCIÓN DE LA VIDA

AHORA bien, sin núcleo de encendida idealidad no hay orden; pero cualquier orden, además de núcleo, necesita un cuerpo; y en cualquier cuerpo, como en todo lo vivo, ha de entrar la contradicción.

La sociedad antigua, centrada en la guerra, defendida de por las virtudes de la guerra, no se componía únicamente, sin embargo, de guerreros. Entraban en ella y formaban parte indispensablemente del cuerpo de ella, el religioso Pacífico, el mercader inerme, los contradictores de la guerra, en suma. A mucho batir de hierro en los campos, mucho susurrar de oraciones en el convento. Vino el carácter, de una afirmación de jerarquía, no del planteamiento de sistema alguno de eliminación.

Así, probablemente en la sociedad nueva, centrada en el trabajo, amparada por las virtudes del trabajo. ¿Pretenderá en absoluto la civilización en que se encarna este ideal excluír el ocio y el juego? No; al contrario: incluirá acaso no sin cierta secreta dilección, en su organismo viviente, al puro artista y aun al ocioso. Los limitará, los someterá, les planteará para la vida condiciones muy duras: no los excluirá radicalmente, so pena de caer en una especie de suicidio.

La «defensa de algunos seres inútiles», ante la posible asfixia de un mundo desconocedor de cualquier privilegio, de cualquier sonrisa de indulgencia fué dicha entre nosotros, ingeniosamente, por Manuel Vidal Tolosana. Meses más tarde, en *The Liberator*, Bertrand Russell recogía el tema y lo trataba con gravedad y con mucha altura. El soñador de una religión nueva o de una forma de arte inédita y de recompensa utilitaria imposible, siempre deberán, en opinión

del maestro de Cambridge, encontrar un hueco en el mundo; sólo que estará bien y esto exigirá el reino de los principios de justicia que este hueco sea excepcional y muy estrecho y muy espinoso.

LECCIÓN DE LECCIONES

TRABAJO, ocio. Lo mejor, que cada cual pudiera mezclarlos en su vida. Mezclarlos, si posible fuera, hasta hacerlos indistintos.

Obrero como un moderno, curioso como un ateniense, como un ateniense de paseo y de conversación. Artesano y filósofo. ¡Supremo tipo humano! ¡Garantía definitiva de la realización del orden en el mundo!

... Así he meditado muchas veces; así he pensado alguna, entre las piedras nobles de Tarragona.

LAS MUERTES PARALELAS

LAYRET — DATO

De crimen a crimen, en el tiempo, tres meses De horror a horror, en la crónica, pocas variantes. De reprobación a reprobación, ante una conciencia justa, ninguna diferencia. De hombre a hombre, para el historiador psicólogo, ¡qué distancia!

Todas las hadas fueron invitadas seguramente al bautizo de Eduardo Dato (démosle ya, a pesar de la terca y característica adherencia del «don» mundano a los puntos de la pluma, aquella desnuda designación personal con que le conocerá la historia). Todas las hadasparecen haberle seguido visitando después,

hasta el punto, bruscamente trágico, en que se corta aquella ponderada asistencia. La inteligencia, la discreción, la corrección, la oportunidad, la elegancia, la afabilidad, la simpatía... Todas las hadas, menos una.

Al contrario, cualquier madrinazgo de fortuna graciosa hubo de faltar a Francisco Layret. Ya se ha contado aquí cómo en la áspera energía de su persona y carácter, tan parecidos —con sólo mudar *pensamiento* en *acción*.— a los de Pedro Dorado, las primeras nupcias con la belleza no acontecieron hasta el supremo instante en que el pomposo jardín a la italiana de un cementerio recibió, en sangrante crepúsculo, el destrozado cadáver... Pero una presencia, una sola —precisamente la que fué ausencia para otro caso—, pudo compensar tanto abandono.

Lo único que faltó al ilustre cortesano de rizada canicie fué lo único que tuvo el casi obscuro luchador de crespa negrura ibérica. La

que estuvo ausente del bautizo de Eduardo Dato, presente en el de Francisco Layret, era el hada de la gravedad.

LA GRAVEDAD

La gravedad, sin embargo, es virtud centralmente española, más que mediterránea. Me contó un día Benedetto Croce que a no recuerdo qué joven príncipe de Nápoles le adoctrinaba un preceptor, un jesuíta español —o, tal vez mejor, un español jesuíta—, con el siguiente jerárgico consejo: «Lo primero, la gravedad; lo segundo, el temor de Dios».

Pero Layret era más romano que ateniense. Y Dato, más madrileño ya que español. Acercáronse ambos a nuestro mundo obrero. El uno, con alma exigente y encendida. El otro,

con alma benévola y apagada. Allí donde quiso aquél poner el botón de fuego, pretendió extender éste la dulzura del bálsamo.

Tal vez hubo ilusión en los dos. Ilusión de cirujano o ilusión de comadre. Cuando lo que el caso exigía era algo menos grave ó más grave. Era una seria y persistente medicación interna.

EL OBRERO DE LA ORLA

He llamado alguna vez «el obrero de la orla» a la figura convencional que los dibujantes gustan de figurar, en el marco de una alegoría o de un diploma, por ejemplo, para simbolizar el Trabajo. Enhiesto, guapo, noble la frente, bien peinado el ligero bigote, despechugado, desnudo el brazo musculoso, este obrero apoya el

martillo sobre un yunque, mientras con la otra mano sostiene un libro; a sus pies se tiende una rama de laurel; en el fondo amanece el sol la mitad de su disco y la pluralidad de sus rayos... Este obrero tiene un exterior agradable; su aspecto es de encontrarse muy dispuesto a acoger muy bien las llamadas «reformas sociales». Sólo tiene un inconveniente, y es no existir.

Lo que hacen por él algunos espíritus generosos, en obra de excitación o en obra de auxilio, acostumbra a no verse recompensado. Y entonces, voces se levantan, lanzando acusaciones de ingratitud. Y no hay tal cosa. Es que el beneficio no ha sido recibido, porque el beneficio en realidad se dirigía a otro distinto, no a quien podía pagarlo. Se dirigía al «obrero de la orla» y no al obrero de verdad.

Así pueden abortar a la vez revolucionarismo y reformismo, sin que esto quiera decir que en realidad fracasen revolución ni reforma.

EL GRAN DEBER

PERO el gran deber, la continuación. La lucidez no debe hacernos versátiles. Revolución, reforma o intervención, fije cada cual su camino. Enderécelo, si averigua que se equivocó; pero no deje de avanzar, en cobarde renuncia.

¡Que la evidencia de su estúpida inutilidad sea la lección más clara que dejen tras sí, después del espanto, *las Muertes paralelas!*

POLÍTICA

POINCARÉ Y SU GATO

POINCARE

La vuelta de M. Briand al poder tiene algunos aspectos gratos. Entre ellos, que no entra a gobernar y permanezca quieto en su belvedere de la *Revue des Deux Mondes*, M. Raymond Poincaré, hombre probablemente peligroso para la paz del mundo.

He conocido a los Poincaré, que es como haber conocido a Raymond Poincaré mismo; porque en pocas familias se habrá dado hasta tal punto la riqueza colectiva en dotes espirituales unida a su constancia. He conocido a los Poincaré y sé con qué vigor el primer fondo de su alma lorena permanece intensamente místi-

co. Guárdase sin duda oculto en lo interior de este fino y mundano abogado canoso, de talla corta, barbilla bien cortada, ojos claros e inteligentes, el ardor magnífico de un Mahoma.

¡Quién lo hubiera dicho! Henri Poincaré, el matemático, era también así. Parecía un crítico; tal vez un escéptico; un complacido en las fallas de la ciencia y del sentido común: un amigo de dificultades y aporías. Nada de esto. Al revés, íntimamente, un dogmático. Dogmático muy lúcidamente agudo: dogmático al fin. Desde Zenón de Elea hasta Bertrand Russell (éste sí, un crudo volteriano de la lógica), Raymond Poincaré tuvo por los racionalistas puros una insobornable aversión.

Su doctrina fué irónica. Pero su temperamento era fundamentalmente místico. La Lorena, ¿no tendrá algo de oriental, de eslavo tal vez? El señorío de los reyes de Polonia, ¿limitóse en Lorena a efectos puramente dinásticos? ¿No habrá dejado allí más rastro material que el fasto,

negro y oro de la plaza Stanislas, y en el Museo el regio presente Perugino maravilloso?... No sé. Pero recuerdo que, cuando la incineración de Jean Moreas, vi a Maurice Barrés junto a un grupo de estudiantes polacos... Así, de lado, ¡cómo se parecían! Morenos, narigudos, los ojos ardientes, un poco inclinados, un poco embuchados, el lacio mostacho casi extremo-oriental, la negra mecha rebelde sobre la frente corta, ¡cómo se parecían!

En otro género, y siempre en lo físico: ¿Lenín y Poincaré no guardan también alguna semejanza? ¿No participan los dos del tipo característico del eslavo chato, así como corresponden al de eslavo aquilino —mejor, *volturino*—, los rostros de Barrés y de los jóvenes en cuya vecindad le vi?

He dicho en lo físico. En lo moral, la aseveración es más delicada. ¡Civilización, medio, y tú, inasible contingencia de la historia, cómo diferenciáis a las gentes! ¡Cómo superponéis a

su ingenua propia fisonomía moral, la máscara que les forjó el destino!... No, no sería justo afirmar que, *hoy*, Poincaré se parezca moralmente a Lenín. Pero tampoco es posible calcular cuánto se parecería el misticismo de un Poincaré que se hubiese exacerbado en Siberia al misticismo de un Lenín que hubiese aprendido a disimularse en Versalles.

SU GATO

La elección presidencial de 1913 no fué un episodio insignificante. Pudo la competencia entre los candidatos Pams y Poincaré parecer anécdota corriente, casi obligada en iguales o parecidos trances. Sin embargo, creo que la historia sabrá un día dar a aquel momento simbólica valoración. «La fina, la melancólica Lorena ha vencido una vez más al Mediodía, ale-

gre y claro», me acuerdo de haber escrito entonces.

M. Pams (decían ahora mismo si Madrid iba a conocerle pronto como embajador) es un occitano cumplido. En política, un racionalista, lejano a cualquier misticismo. En 1913, en Versalles, representó su nombre la tradición radical, *que también es una tradición.* Frente por frente, el nombre de Poincaré representaba... *la Patria.* Significaba lo subterráneo y ancestral, lo místico y obscuro. Triunfó entonces la patria contra la tradición radical, el misticismo contra el racionalismo, la Lorena contra el Mediterráneo. Triunfó entonces, principios de 1913. Y porque esto triunfaba, principios de 1913, las postrimerías de 1914 se teñían tan atrozmente de sangre.

Además de simbolizar la patria, Raymond Poincaré poseía por aquellos días un gato. El gato, que era gris, se llamaba *Gris-gris*, y, por abreviatura, *Grigri. Grigri* adquirió entonces

tal reputación, que hacia el mes de agosto, *Simplicissimus*, la hoja de Munich, le hizo figurar en una caricatura. Junto a su señor, el gato estaba a punto de saltar sobre una rata. En el lomo de la rata leíase: «Alsacia-Lorena». Desde un ángulo del dibujo, Germania, un coloso, vigilaba...

El gato es también un animal místico. Baudelaire habló de *ses prunelles mysthiques.*

Poincaré tenía un gato en 1913. El salto de este gato en 1914 señaló la ruina del mundo.

¿Vive todavía, en 1921, aquel animal terrible? ¿Dios no le ha castigado o no le ha castigado lo bastante? Si vive, el supremo, el vital interés de la humanidad está en que este invierno, y muchos inviernos todavía, los pase encerrado, junto a la estudiosa lámpara de un bufete, poniendo una pata delicada, bien escondidas las uñas, sobre paquetes donde se acumulen las pruebas de imprenta de la *Revue des Deux Mondes.*

Pams, el mediterráneo de mirada luminosa sobre la realidad del mundo, no tenía gatos. Permita el cielo que Briand no los tenga tampoco.

¡Que contra Rusia no se levante en Occidente —Rusia contra Rusia, Asia contra Asia— una Francia enemiga de ella, pero tan fanática como ella!

SOBRE EL PROSPECTO DE UNA BIBLIOTECA HISTÓRICA

El prospecto de la «Biblioteca de síntesis histórica», que, bajo el título *La evolución de la humanidad*, ha emprendido el director de la *Revista de síntesis histórica*, M. Heri Berr, promete una serie de publicaciones muy importante. Según tendencia ya manifestada en la magna obra de vulgarización de Wells y a la cual debe esta parte de su éxito, la Historia incluye aquí a la Geología y principia por ella.

Confieso que esta tendencia me desplace. Su primer efecto no puede ser otro que el aumentar la impresión de determinismo en el conjunto de la narración. La libertad viene a anegarse en la fatalidad; la figura, en el paisaje. Lo

cósmico prevalece una vez más sobre lo espiritual y humano... Con lecciones así, el alma se achica y el heroísmo se adormece.

Pero, aparte de este inconveniente moral, veo aún en el empleo de síntesis semejantes una radical equivocación científica. El estudio de lo antehistórico y aun de lo prehistórico no puede valerse de iguales métodos que el estudio de lo histórico propiamente dicho. Allí el documento es natural, es decir, podrá ser conocido o no conocido; bien o mal interpretado; pero una vez conocido íntegramente e interpretado con rectitud, no podrá engañarnos: su presencia sola es ya garantía de un éxito en la conquista de la objetividad. Al contrario, aquí, en el estudio de lo histórico, el documento no es natural sino intencional; bien conocido, bien interpretado, podrá engañarnos no obstante; podrá engañarnos puesto que es posible que *quiera* hacerlo. Una veta metalífera en un campo, unos huesos en una caverna, estarán por

ventura ocultos; pero una vez descubiertos no mentirán. La carta de un diplomático, la crónica de un sectario político o religioso mentirán tal vez, y aun lo más probable es que mientan.

Una objeción más grave, más fundamental puede hacerse todavía contra la inclusión de la geología y de la prehistoria humana en la Historia. Inclusión en la Historia no puede dejar de significar limitación en el tiempo. Vistas así las cosas, geología, prehistoria, historia en sentido estricto se ordenarán una tras otra, como etapas de una sucesión. En la «Biblioteca» de M. Berr, por ejemplo, el primer volumen se llama: *La tierra antes de la Historia;* el segundo, *La humanidad prehistórica;* en el séptimo volumen empieza a estudiarse *La civilización egipcia,* continuándose luego con las civilizaciones de la Mesopotamia... Ahora bien, ¿es cierto que la geología *precede* a la prehistoria como la civilización del Nilo *precede* a las civilizaciones de la Mesopotamia? ¿Cabe ni si-

quiera decir, en toda exactitud, que la prehistoria preceda a la historia? No. Mientras la humanidad sigue su camino, mientras Grecia sucede al Oriente, Roma a Grecia, la Edad Media a la Edad Antigua, el Renacimiento a la Edad Media, la tierra, paralelamente, obscuramente, sigue su evolución —si puede hablarse de evolución (desatendiendo la crítica de Bertrand Russell), más allá de los límites de lo vivo—... Las erupciones volcánicas, los terremotos, no significan teóricamente otra cosa que una emergencia de lo geológico, *que obscuramente continúa,* en el campo luminoso de lo histórico. Esta emergencia puede incluso traer cierta contradicción radical con tendencias de cultura florecientes en el mismo tiempo. Cuando la cultura era más optimista con Leibniz, cuando se preparaba toda la sociedad filosófica a gozar de la corriente intelectual que culminó en la concepción del «estado natural» de felicidad primitiva, en la teoría de Juan Ja-

cobo Rousseau, vino el terremoto de Lisboa a traer una manera de trágico mentís a las ilusiones de la civilización humana. La fuerza racional que movía al autor de las tesis de «la armonía preestablecida» y de «el mejor de los mundos posibles», chocó con la fuerza física que derrumbó en Lisboa las casas y aplastó a las miserables humanas criaturas. ¿Qué mejor prueba de una doble actualidad independiente, que este choque? ¿Qué mejor demostración de la imposibilidad de encerrar lo geológico en los límites de la anterioridad a lo histórico, y, en último término, de considerar lo geológico bajo categoría de historicidad?

Lo mismo ocurrre, si bien se mira, con lo prehistórico; y sobre este punto, en mis cursos de *Ciencia de la Cultura*, no me he cansado de insistir. Para mí (y creo que, una vez bien considerado el problema, para toda mente emancipada de la superstición literal de los vocablos, ha de ser lo mismo) lo prehistórico no es *una*

época en la evolución de la Humanidad, sino *un estado* permanente en ésta. Prehistórico no lo es únicamente el hombre del «*período* de la piedra», y luego del *período* de los metales». Lo es hoy el salvaje, nuestro contemporáneo, a pesar de su sombrero de copa, del aguardiente químicamente destilado que le llevamos, y de la máquina de coser, de que acaso se sirve, y aun del hilo telefónico puesto por empresa europea que atraviesa sus campos. Hombre prehistórico es el de la tribu trashumante que vive a las mismas puertas de Madrid, de Budapest y de París. Hombre prehistórico, no entrando todavía *en el sentido de la continuidad* que caracteriza a la Historia, es aún el pastor de nuestras montañas, que habla como nosotros y está empadronado en nuestro censo. Prehistórica es, ¡ay!, en muchos pueblos y aun ciudades de España, la generalidad de las mujeres —queriendo olvidar piadosamente los casos en que lo es la totalidad de las mujeres...

¿Qué tiene que ver la Historia con ellas, con ellos, con todos aquellos cuya memoria y conocimiento del pasado no se remonta más atrás que sus bisabuelos? ¿Qué importan en su conciencia los documentos intencionales que la Humanidad ha ido legando al tiempo, como testimonio perenne de los pasos y de las etapas de su ruta?... Viven ellos, viven ellas al margen de la Historia, tocando a la Historia, sin penetrarla, sin dejarse penetrar. Pero su vida sigue, su evolución sigue. Su vida y su evolución no se dejan encerrar de ninguna manera en un período limitado. Cuando el segundo tomo de la Biblioteca de M. Berr se cierra, estas fuerzas humanas no por eso pierden su vigorosa actualidad. Carne de esclavitud o carne de colonia, carne de lanza o de cañón, ellas estarán enorme y obscuramente presentes a todas las hazañas, a todas las aventuras, a todos los episodios, fastos o nefastos, de sombra o de luz, que se cuenten en los restantes volúmenes.

SOBRE LA LITERATURA COMPARADA

Festejemos la aparición reciente de una *Revista de literatura comparada*, que va a publicarse trimestralmente en lengua francesa. —Festejémosla; que nada me parece convenir tanto como al espíritu de universal comparación y sus métodos, a la mente de la Francia actual. Mucho sedimento de espesa patriotería se ha acumulado en ella; llegada parece la hora de eliminarlo, hasta donde esto sea posible—. ¿Habéis visto, en el anuncio de no sé qué litinado farmacéutico, la robusta figura de un poderoso y correcto personaje, que se consagra a la benéfica tarea de limpiar, con un a manera de cepillo de cuadra, un hígado o un riñón gigantescos?... Pues así se me antoja que el cultivo de

la literatura comparada. Esta, y la historia comparada de la ciencia o el arte en el mundo, así como el estudio de la geografía social comparativa, pueden limpiar, de ciertos feos residuos, el espíritu colectivo de un país.

Aun las formas más elementales de la comparación entre los productos del espíritu, aun aquella simple actitud aplicada a experiencia de contraste, para observar semejanzas y diferencias, son ya fecundas. En el artículo inicial a la Revista nueva, para dar idea de sus posibilidades de método, cítase (precisamente como ejemplo de limitación, que convíene singularmente sobrepasar en este linaje de estudio) el caso de la semejanza que puede establecerse entre el recentísimo escritor de París, Marcel Proust, y el viejo romántico alemán, Jean-Paul Richter--los dos con su «sinuosa, retrospectiva, flotante y florida prolijidad» y sus «incisos, sus paréntesis, su abandono a cualquier metáfora que se presente...» He aquí,

justamente, una observación tras de la cual leemos nosotros un aviso. —Si Proust, autor de la moda, se parece tanto a Jean-Paul, señal es, advertimos, de que Jean-Paul podría también hoy estar a la moda...— *Sorprendemos así*, a la vuelta, *el romanticismo que de nuevo nos amenaza.*

Hay peligro, acaso, de que hoy se reproduzca en cierto sentido el fenómeno histórico estudiado en otro artículo del mismo primer número de la Revista, bajo el título *La invasión de las literaturas del Norte, en la Italia del siglo XVIII.* Disertamente nos es presentado en este artículo el espectáculo de abandono de una disciplina y pérdida de una tradición. Toda la poesía de un país aparece invadida por lo que los críticos del tiempo hubieron de llamar «extranjeros desenfrenados»... Son los que entonces llevan a Italia a las Pamelas y a las Clarisas, para no hablar de los que llevan al príncipe Hamlet y a toda la familia del padre Sha-

kespeare que la sustenta. Invasión que pronto se traduce por la imitación en algunos detalles de la toaleta y de las costumbres; que produce literariamente los «monstruos» de la «Arcadia lúgubre y prerromántica»; que, según la expresión de Monti, «condenando a muerte a todos los dioses que, en otro tiempo, florecieron en las graciosas imágenes en los libros de la Hélada y en los del Lacio, *ha llenado de espanto el hermoso reino de las Musas; ha arrebatado su arco y sus flechas al Amor, a Himeneo su Antorcha, su cinturón a Citerea...*» Y que ha hecho que *las Gracias abandonaran su lugar a las brujas.*

(Notemos que, en otro departamento del arte y por el mismo tiempo, es *exactamente esto,* substituír las Gracias por las Brujas, lo que hizo Goya.)

¿No tiene algo embrujado, algo que específicamente sabe a turbio caldero de aquelarre, ese estilo de Proust, de tan extraños matices para

el gusto?... Sin duda; y ahora ya sabemos cuál es la causa. Ya hemos adivinado en él, el efecto de una labor oscura de germanización. Este trabajo espiritual clandestino, como la obra de una persistente estalactita en el misterio de una gruta, ha ido precisamente realizándose durante los años de guerra. Al adivinarlo, al estudiar sus efectos, caemos en la cuenta, por fin, de que la realidad iba ahora siguiendo caminos muy diferentes que la especulación y la discusión. Mientras especulación y discusión se contentaban tomando para su tesis marcos progresivamente estrechos, la realidad profunda rompía los marcos convencionales, regermanizaba a Francia —según ahora se ve en los escritores nuevos— regalicanizaba a Alemania —según ahora se ve en los pintores nuevos y, sobre todo, en los nuevos aficionados a la pintura...— y unía, en lo hondo, aquello que, aparatosamente, en la superficie, la trágica anécdota separaba.

Los estudios de literatura comparada no han intervenido en la formación de tales corrientes; por mucho tiempo ha estado interrumpida su actividad. Pero hoy, al renacer, y reconocer la tendencia de aquéllas, y valorarla, pueden aumentar su caudal y hacerlas decididamente más fecundas. Por esto, apenas se cerró con la guerra, el período de extrema dificultad en empresas así, los más avisados *Weltbürger* pensaron en seguida en acometerlas. El prospecto de una publicación semejante fué lanzado ya en 1919 por Arturo Farinelli. Hoy Baldensperger y Hazard, dos *chargés de cours* en la Sorbona, vienen a realizar en parte su plan. Las sombras ilustes de Diderot y de Schiller, de Goethe, Merimée, Cooper, de Milton y Herder acuden de nuevo, cada una estudiando la especialidad, a un abierto Banquete platónico. Se han dado cita en la *Revista de literatura comparada*, y en sus páginas se encuentran y se prodigan mutuas cortesías, como en día

de reapertura de curso, después de forzosas vacaciones, los profesores de una mística, inmensa Universidad.

«El campo es inmenso —termina Fernand Baldensperger, en el artículo de presentación a que hemos aludido ya— y las mieses se extienden hasta los confines del horizonte; para recoger las más ricas gavillas no sobrará el esfuerzo común de todas las buenas voluntades.»

¡Magnífica voz de órgano! Pero, de pronto, en nuestra conciencia, a nuestro recuerdo, ¿qué agrio chillido viene en este instante a interrumpir su bondadosa solemnidad?

... Es el rumor de afilar una cuchilla. Allí, a lo lejos —¡poco lejos!— está el Japón, está el Norte América que afilan la cuchilla.

Y Sísifo lanza un suspiro. El espíritu humano, dolorido, herido, miserable, duda un punto, si volver a empezar...

LA CIENCIA Y LA EMOCIÓN DE LA CIENCIA

NOTAS SOBRE LA HISTORIA DE LA MINERALOGÍA

OCUPACIONES

Me han ocupado casi la totalidad de los días de la semana que acaba de transcurrir obras sobre la evolución de la Mineralogía. Han sido para mí, *Obras* y *Días* muy llenos; que precisamente —por un fenómeno a primera vista algo paradójico—, en la historia de la actitud del hombre ante los problemas de lo inerte llegan a descubrirse con más claridad los signos de la intervención del espíritu que en su historia ente los problemas de lo vivo... La razón está en que este último estudio, por haber parecido siempre muy inquietador y más lleno de

consecuencias morales, ha tenido que dejar mayor señorío a la influencia de algunos elementos turbios, con mucho de agitación y de azar; tras que ciencias como la Mineralogía, desinteresadas y frías en apariencia, han podido consentir que el espíritu jugara en ellas con mayor libertad. Llegamos a percibir mejor la huella del espíritu en ellas que en otras disciplinas ya cercanas a la moral; así como conocemos mejor al niño a quien hemos observado jugar a solas en su jardín que aquel otro que hemos sujetado a un examen, cuya calificación podía resultar para él peligrosa.

Hacia la mitad del siglo XVII, toda la Mineralogía es cartesiana. Su espíritu, eminentemente filosófico. Los hechos sueltos parecen interesarle poquísimo. Si Tournefort estudia el crecimiento de un mineral, lo hace para establecer que es análogo a los vegetales, puesto que se nutre, crece y se reproduce como ellos; si Stenon describe el cristal de roca o el dia-

mante, aspira a encontrar en estos minerales un ejemplo de cómo todos ellos son debidos a una transformación del medio que les rodea, cuyas fases están inscritas en la piedra arrancada del suelo; si Borrichius observa el nacimiento de las estalactitas en las grutas, es para concluír que todas las piedras están formadas de agua, a la cual privan circunstancias especiales de volver a tomar forma líquida; si Dourtos de Mairan cree que la congelación del agua es debida a la retirada de una materia sutil inalterable, atribuirá a esta materia sutil un papel inmenso y hará de su existencia la base de una *Weltaunschunhg* completa, de una visión general del mundo... Elena Metzger ha puesto en relieve este carácter común a todas las obras de los minerálogos del XVII.

Sin embargo, hacia la mitad del XVIII, una reacción muy curiosa se produce. Podríamos decir que esta tendencia es el fruto de la invención y de la difusión rápidamente alcanzada

por el microscopio, si en asuntos de este orden la intervención de las mismas causas anecdóticas y materiales no tuviese que explicarse siempre por una manera de razón espiritual. Así y todo, no puede desconocerse el valor representativo de un momento como aquel en que Leewenhoec, en poder de su microscopio nuevo, temblando de emoción ante el mundo, misterioso hasta entonces, que a sus maravillados ojos se abría, creyó alcanzar a la misma molécula; y se dió a la investigación constante de la figura en las más pequeñas partículas de la substancia... La curiosidad de la hora, rompiendo las trabas del espíritu filosófico, como elástica bestia demasiado tiempo amarrada, da un salto magnífico. Los prefacios memorables de Bergmann son como una violenta declaración de guerra contra el estado intelectual anterior. Todo lo general y conceptual empieza a ser despreciado. Romé de L'Isle introduce el método descriptivo en cristalografía. Lassone, paciente-

mente, humildemente, no quiere más gloria que la de haber estudiado los yesos de Fontainebleau. Werner publica su obra, de la que dicen sus enemigos, retardados en el filosofismo, que es más la de un minero que la de un minerólogo. Aparece la mineralogía de Walerius imbuída por una curiosidad universal y no dominada por ningún principio y se complace en proponer problemas que no resuelve... Por todas partes se multiplican y acumulan las observaciones dispersas, a veces proporcionadas por simples curiosos o diletantes. El alma de Linneo triunfa definitivamente sobre el alma de Buffon.

LA CAZA Y LA DESPENSA

Dos factores intervienen en la elaboración de la ciencia como producto espiritual. Usando de un lenguaje a que fueron afectísimos, en otros tiempos, neoplatónicos y toda clase de pensadores místicos, podríamos decir que se trata del *Padre* y de la *Madre* de la *Ciencia*; o, si queréis, para valernos de la misma terminología plotiniana, de los númenes *Noús* y *Aletheia*, en su oposición fundamental y en la continua necesidad de su unión.

La Ciencia, sistema explicativo sobre conjuntos, es hija, por una parte, del impulso mental, pasional, sensual —y aun diríamos *físico*—, que lleva al hombre a recoger y a coleccionar noticias de hechos; por otra parte, de la necesidad racional que experimenta la mente

humana de unir, en sistema coherente y ordenado, cuanto recoge, dándole así una perfecta inteligibilidad y una comodidad, de mucho valor para las prácticas del recuerdo. Yo creo haber demostrado en otra parte, cómo esta necesidad racional se inscribe en el cuadro común de las defensas biológicas que aseguran la permanencia del individuo vivo.

La primera fuerza, dirigida golosamente hacia lo concreto, es la *curiosidad.* A la segunda, con su apetencia ideal (pero en el fondo, según acabamos de decir, carnal también), por lo general y abstracto, podemos llamarla *exigencia de racionalidad.* Un aspecto de la ciencia lleva como un reflejo de aquella primera fuente de origen: es la *parte causal* de ella, la que descubre o quiere descubrir, tras de cada hecho, tras de cada fenómeno, un hecho, un fenómeno antecedente.

El reflejo del segundo elemento, de la exigencia y racionalidad, hállase en la *parte legal* de

la Ciencia, en aquello que le da valor de orden y de estructura. Así, el hijo reproduce ciertos rasgos del padre, otros de la madre. Rasgos de Noús, rasgos de Aletheia, hay en cada producto científico complejo.

De ahí se saca la consecuencia de que el progreso científico, como empresa de enriquecimiento de noticias, se lo debemos a la curiosidad, empuje irracional, diabólico, *revolucionario* siempre contra la legalidad lógica constituída. En cambio, la exigencia de racionalidad representa, ante el progreso científico, una resistencia, por decirlo así, *conservadora.* Ella se ha compuesto, en cada momento de la evolución del pensamiento humano un cuadro ordenado y lleno de aseo, que no quisiera le desarreglasen, y que no tiene ninguna gana de recomponer. Pero el cuadro se ve roto continuamente por las travesuras de la curiosidad; ésta regresa cada día de sus excursiones licenciosas, trayendo el botín de nuevos hechos; a la

racionalidad le incumbe el trabajo de hacer entrar estos hechos en el cuadro que disfruta o de ampliar éste modificando su disposición, para dar cabida a aquéllos y para crear nuevamente en el conjunto el orden y el aseo posibles. La racionalidad despensera nos permite así utilizar, oportuna, sazonada y nutritivamente lo que nos regala, gracias a sus correrías, la curiosidad cazadora.

Hay épocas en la historia de la cultura, en que la racionalidad domina y sujeta relativamente a la curiosidad, épocas en que la parte legal de la Ciencia florece en perjuicio de su parte causal. Otras son lo contrario. Las primeras se nutren más de la despensa que de la caza, mientras que las últimas lo hacen más de la caza que de la despensa.

TIEMPOS Y TIEMPOS

Desde el indicado punto de vista, las etapas del pensamiento científico en la Edad Moderna pueden caracterizarse así:

Primer Renacimiento —tiempo de Galileo—: época de curiosidad.

Segundo Renacimiento —tiempo de Descartes y de Newton—: época de racionalidad.

Barroquismo y romanticismo científicos —tiempo de Goethe—: época de curiosidad otra vez.

Positivismo —tiempo de Augusto Comte—: época de racionalidad otra vez.

Podemos decir que si la primera y la tercera *adquieren*, sobre todo, la segunda y la cuarta *ordenan y administran.*

EL DESTINO DE ALEJANDRO DE HUMBOLDT

SIEMPRE me ha parecido merecedor de admiración y de envidia el destino de Alejandro de Humboldt, el gran naturalista y geógrafo, quien, habiéndose embarcado muy joven para un viaje a los ultramares, que duró largos años, pudo recoger en esta excursión tal riqueza de materiales y de notas, que, ordenándolas y publicándolas, vivió luego durante casi un cuarto de siglo en París, embriagado en todas las delicias de la creación y halagado por todas las caricias de la gloria, produciendo siempre, atesorando siempre, como en una magnífica y dilatadamente prolongada cosecha. Humboldt podía así sentarse cada día en su mesa de trabajo

con la seguridad de alumbrar una verdad para el mundo, sin necesidad de poner de su parte más que el hedonístico esfuerzo de un coleccionista apasionado.

Alejandro de Humboldt era un magnate que se había heredado a sí propio.

Comparo a la de este gozador formidable la felicidad de las épocas en que domina la racionalidad de la Ciencia sobre su curiosidad, las épocas, como el XVII y el positivismo, que pueden disfrutar de una pingüe despensa heredada.

MORALEJA

PARECE que estas reflexiones sobre historia de la Ciencia hayan de encontrarse muy alejadas de todo lo que constituye tema de candente actualidad para nosotros: como si aquí es-

cribiéramos, esos días, el Glosario de un solitario y no el Glosario del Nuevecientos, visto por alguien que aspira (según cree deber suyo y de cualquier hombre que trabaja y que juega), a mezclar soledades con compañías y a ser a la vez, por mérito de sucesiones muy rápidas y alternadas continuamente, ave silvestre y "*zoón politicón*", animal urbano, que dijo Aristóteles; así como gorrión ramblero y bulevardero.

Sin embargo, vistas las cosas con cierta anchura, la lección de un juego y alternativa, entre las etapas de inquietud curiosa y las de ordenada legalización en la historia de la Ciencia, parece que podemos aprovecharla para confiar en que se produzcan sucesión y ritmo análogos, en otros capítulos de la historia humana. Podremos esperar, por ejemplo —y esto entra ya en la almendra de las más perentorias preocupaciones actuales—, que en la historia social hayan de venir también, tras de períodos

vivacísimos de turbulenta adquisición, otros de sistematización perfecta y legal de lo ya adquirido... Períodos —en las sociedades como en la Ciencia— en que sólo quieren ligarse los fenómenos a otros fenómenos, los hechos a su causa; y, una vez agotada la inquietud de aquéllos, otros períodos en que, por encima de los fenómenos, es requerida la presencia de las leyes y en que se trata de ligar los hechos con las razones.

Etapa inquieta en que se adelanta.—Etapa ordenadora en que se legaliza.—Espero, para honor del mundo moderno, que pronto, lejos de la turbulencia que hoy trae a la cuestión elementos de desorientación interesada, toda la lucha social pueda esquemáticamente reducirse a la oposición entre dos bandos: el de los que crean que el ciclo de inquietud adquisitiva ha durado ya lo bastante y que es hora ya de ordenar sus frutos en una sistematización legal, y la de los que, al contrario, juzguen

que el período de inquietud debe aún durar mucho más para que se obtengan de él resultados apreciables en justicia, antes de llegarse a un nuevo período de tranquila racionalización.

LOS CLÁSICOS DE LA CIENCIA

NO MOMENTOS, MONUMENTOS

Aun la pintura adocenada logra, con tal que añeja, abrigado y noble hospicio en el Museo. Allá se está, sino en sala en corredor; en alto, sino en *cimaise*. Y le alcanzan las miradas de todos, y aun a veces, a poca cola que traiga el asunto, le favorecen las estaciones predilectas del público dominguero. —«¡Mira, Patro, mira esta buena hija cómo le da teta a su padre, que estaba en la prisión, *por deudas!*»

Lo mismo, hasta cierto punto, la obra literaria de segundo orden. Guárdala, generosa, la Biblioteca, y la erudición del docto pone pundonor en referirla, colecionarla, citarla. Sábe-

se que en ocasiones, con el solo privilegio de haberla leído *de verdad* —o *de relativa verdad*—, puede llegarse a la Academia.

Pero la obra de Ciencia antigua, aun la obra maestra, es menos afortunada.. Ha alcanzado a prevalecer, en los tiempos que nos han precedido inmediatamente, el concepto de la ciencia como producción evolutiva de productos *fungibles*, sucesivamente desvalorizados por razón del mismo progreso. De Candolle inutiliza a Linneo; Lavoisier, a Stahl. ¿Quién, después de Claude Bernard, pensaría según aquel criterio, en leer lo del abate Spallanzani? ¿Cuántos leen siquiera a Claude Bernard en nuestros días? Luego vienen el libro de texto y el manual y les inutiliza a todos...

Pues bien, no. Las obras maestras de la Ciencia tienen un valor substantivo, no fungible. No son *momentos:* son *monumentos.* Sonlo, del genio griego los *Elementos* de Euclides no de otro modo que la tragedia de Antígona o el

Partenón, o que los poemas homéricos —también, después de todo, compilación alejandrina como los *Elementos* mismos—. Y hay en las Memorias de Lázaro Spallanzani sobre la generación y la digestión tanta picardía sietecentista y gracia barroca, como el Tritón del Bernini o un techo del Tiépolo o *La flauta mágica.*

Quien, como yo, propugne el ideal de la Ciencia como arte —secuencia de la teoría de la belleza como dimensión de la verdad—, gustará mucho de encararse directamente con los grandes clásicos del pensamiento científico. Creo firmemente que aquella nueva actitud está destinada a dar calor nuevo a la historia de las ciencias.

Mi Museo comprenderá también el artilugio primitivo de Torricelli y el autómata planetario de Cristián Huyghens; y mi Biblioteca, el *Sistema de la Naturaleza,* de Linneo, y la Geometría de Clairaut.

LINNEO: SU SISTEMA, SU CASACA Y SU PELUCA

La Real Academia Sueca de Ciencias publicó, hará como diez años, una reproducción soberbia de la edición original del *Systema Naturae.*

Este libro tiene unas pocas páginas llenas de majestad. La relación entre las grandes y las pequeñas llaves de sus cuadros sinópticos me recuerda, muy estrechamente, la relación entre columnas y puertas en el llamado «orden gigante», que inventó el Paladio. Y, apurando un poco la cosa, podríamos añadir que, al componer el Sistema, debía de aparecer la Naturaleza, a ojos de Linneo, en una disposición arquitectónica igual a la que da al aire y luz, encantados, de Venecia, la fachada de la Biblioteca del Sansovino.

Recorrer estas páginas es, para la mente y para la sensibilidad amigas de la razón, un goce supremo.

Aquí el alma navega
en un mar de dulzura, y, finalmente,
en él ansí se anega...

No, esto último no es verdad. Lo de anegarse convendrá si acaso a la música (yo, sin embargo, *ni en la música querría anegarme)*, pero no, a la Historia Natural. En la de Linneo el alma navega sin duda; pero siempre bastante bien orientada. En cada cabecera de página del *Systema Naturae* hay un buen faro con luz fija. Y lo que podía turbar y hacer tropezar —los arrecifes paradójicos—, están (ya dije alguna vez la manera), denunciados y encerrados, para prevención y eliminación de cualquier riesgo.

Un hermoso grabado sirve de frontispicio a la nueva edición académica del Linneo. Apare-

ce en aquel Linneo mismo, vestido de pieles, tocado de pieles, armado de la panoplia de sus instrumentos, para la expedición a Laponia. Esta imagen se opone, en nuestra imaginación, a la de la casaca y las bocamangas en encaje flamenco de Buffon.

Sin embargo, no nos engañemos. Linneo no es un hombre de la familia de Palissy y de Robinsón, sino de la misma familia de Buffon. Debajo de la pelliza, oculta por la pelliza, oculta también una casaca, y dentro del gorro, una peluca. (Palissy y Robinsón llevaron *en pelo* la cabeza.)

En otros términos, y, sin símbolo, el *Sistema de la Naturaleza*, de Linneo, es más hijo de la Racionalidad que de la Curiosidad.

LA CORRESPONDENCIA DEL "SUPREMO HUGENIO"

MÁS recientemente, la Sociedad Holandesa de Ciencias ha publicado la correspondencia de Huyghens con los sabios de su tiempo. Diez gruesos volúmenes en cuarto forman esta publicación. «El genio de Huyghens —dice, refiriéndose a esta correspondencia, M. Solovine, en la nota que precede la nueva edición del *Tratado de la Luz*, por Gauthier Villars—, el genio de Huyghens estalla a cada página... Sus contemporáneos tenían por él una admiración sin límites. Newton, por ejemplo, le llama *Summus Hugenius*, y elogia en él la manera grave y elevada de tratar los problemas».

He aquí ahora unas palabras muy finas de este sumo y simpático Hugenio, sobre su propia

manera de demostrar: «Veránse aquí demostraciones de aquella suerte que no producen una certeza tan grande como las de geometría y que incluso difieren mucho de ellas, puesto que, así como los geómetras prueban sus proposiciones por principios ciertos e incontestables, aquí los principios se verifican por las conclusiones que de ellos se sacan...» «Es posible —concluye Hugenio— alcanzar a un grado tal de verosimilitud, que ésta no tenga gran cosa que envidiar a la evidencia; y esto acontece cuando las cosas que se han demostrado por gracia de estos principios supuestos se ajustan perfectamente a los fenómenos que la experiencia ha permitido observar; y más principalmente aún cuando se imaginan y prevén fenómenos nuevos, que deben suceder, según las hipótesis que se emplean, y se ve que, en efecto, el hecho responde a la previsión».

El supremo Hugenio sabe hablar a la manera de un Sócrates o de un Poincaré. Como su saber

es irónico, como conoce sus propios límites de certeza, él no cree que pueda llamarse geómetra, sino más bien algo como «amigo de la geometría». Es, en la historia universal del espíritu, uno de estos *amigos de...* (amigo del saber: Sócrates —amigo de la belleza: Walter Pater) de que nosotros tan amigos somos. Y, con gran reverencia, pero acaso, acaso, secretamente, con una chispa de casi imperceptible desdén, deja el título de geómetras, de «excelentes geómetras» a «los señores Newton y Leibniz»... Cuando se compara la áspera manera cómo estos sabios vindicaban sendas prioridades, y en la suave y tolerante cómo Huyghens sabe vindicar la suya, en la cuestión de las teorías sobre la luz, aquellos matices adquieren todo su valor.

LA GEOMETRÍA DE CLAIRAUT

¡LIBRO admirable, libro cien veces delicioso! ¡Dichoso el sabio que le parió, y dichosa la marquesa de Chatelet que le recibió (el libro sino el sabio) en sus empolvados brazos, siempre frescos!—Ahora de los *Elementos de Geometría* de Clairaut se ha hecho una reimpresión, dirigida por M. Solovine.

«No existe carretera real, para que los monarcas vayan a las matemáticas», dijo desapaciblemente Euclides a Ptolomeo Sotero.—Bien, pero Clairaut supo, después de todo, labrar un camino enarenado para los piececitos de las marquesas. Y aconteció —¡oh maravilla!— que este camino no fué otro que el áspero camino de los Inventores.

¿Para qué tomarse, como Euclides, la pena

de demostrar que dos círculos que se cortan no tienen el mismo centro, que un triángulo encerrado en otro tiene la suma de los lados más pequeña que la de los lados del triángulo en el cual está encerrado? Euclides tenía que convencer a sofistas obstinados, que se gloriaban de rehusar las verdades más evidentes. Debía, pues, en este caso, la Geometría recurrir como la Lógica a «*raisonnements en forme, pour fermer la bouche a le chicane...*» Pero Clairaut, libre de esta exigencia circunstancial, ni siquiera adoptará una exposición en teoremas, como hacen los autores, «sin duda para dar un aire más maravilloso a sus producciones». Sino que ocupará continuamente al lector en resolver problemas; concretamente, problemas de agrimensura...—Aquí nos encontramos, contra lo observado en Linneo, en el reino de la Curiosidad, no en el de la Racionalidad.

Hay un momento (en el capítulo XII de sus *Elementos de Geometría)* en que, avanzada la

exposición, Clairaut ha de mostrar que la medida de un rectángulo es el producto de su base por su altura, y no puede evitar una docena de líneas de exposición abstracta... Pero tiene buen cuidado en proseguir: «Tomemos un ejemplo, *pour soulager l'esprit...*»

¡«*Pour soulager l'esprit*», expresión dulce y maravillosa!—¡A ver, que en recompensa de este hallazgo abrace a su geómetra, la marquesa de Chatelet!

LA ASTRONOMÍA APASIONADA

PERMANENCIA

Los bolchevistas rusos les han cambiado el nombre a las avenidas, y alguna vez a las ciudades; no se han atrevido a cambiar el nombre de las estrellas. Pero sólo una revolución que mudase el nombre de las estrellas sería la verdadera Revolución.

No la deseo. Prefiero las aproximaciones en que se mezclan, en dosis oportunas, continuidad y novedad. En la historia como en la geografía, únicamente empieza a poder hablarse de *Nuevo Mundo*, cuando, entre un mundo nuevo y otro viejo llega a establecerse un sistema de normal comunicación. Aunque imagináramos a

los selenitas o a los marcianos infinitamente más perfectos que nosotros, ¿quién gustaría de ver al linaje de los hombres substituído por marcianos o selenitas? Lo que resultaría interesante, tal vez, sería la entrada de marcianos y selenitas a comunidad civil y bien educada entre los hombres.

Digo: civil y bien educada... Esta última exigencia me parece esencial. En rigor, pasaríamos por un ingreso un poco brusco, a condición de que luego fuese federal y jurídica la convivencia... A condición de que entre los antiguos residentes en la tierra pudiera aparecer un partido adicto a los recién llegados, sin que aquéllos recibieran menoscabo alguno en la propia dignidad.

Mas, dejémonos de fantasías. De momento, los hombres seguimos solos, atados a la tierra; y solos y atados también marcianos y selenitas; y todas las estrellas conservan sus nombres antiguos, y todas las estrellas tienen, como

canonizadas, su estampa e imagen en el Vaticano. Acaso, antes que canonizarlas, ha sido necesario absolver algunas, las que llevaban nombre pagano y habían sido adjudicadas, por la antigüedad docta, a dioses o semidioses. Incluyéndolas en su Panteón astronómico, *rociándolas* —si se me permite la atrevida y, por otra parte, impropia expresión —*con éter bendito,* la inicial impiedad de esos astros ha sido borrada y su presencia bienvenida en el áureo cónclave del techo de la sala grande de la *Specola Vaticana.*

> Así despojos de profanas gentes
> adornaron tal vez nuestros altares,
> y de Cristo en basílica tornóse
> más de un templo gentil purificado.

Porque también el Vaticano tuvo que atender en su día al equilibrio y superior síntesis entre continuidad y novedad.

"SPECOLA VATICANA"

RECIENTEMENTE el profesor Stanislas Meunier ha penetrado en algunos barrios poco conocidos de lo que llamó Francis Wey «la *Divina Ciudad del Vaticano*»; y nos ha contado algo de su visita. Un observatorio figura allí, continuación del que Gregorio XIV hubo un día de instalar en la torre cuadrada que se yergue entre el patio del Belvedere y el de la Piña, y que se llamó por esto «torre gregoriana». Pero Pío X, a quien tanto deben también los Museos de la casa, dió, en mejor alojamiento de la astronomía, un *villino*, el que León XIII se había mandado construír, para alivio de sus romanos veraneos. El gran salón circular que León XIII dedicaba a sus audiencias, sirve hoy de cámara de honor al observatorio, bajo el nombre de

«Sala del Zodíaco». En múltiples vitrinas figuran ricas colecciones de aerolitos y uranolitos; algunas encuadradas placas fotográficas ofrecen, por transparencia, imagen de las nebulosas más admiradas. El techo está cruzado por la cinta simbólica del Zodíaco y adornado con una vista de la bóveda celeste. Que se abra, junto a una puerta, una llave de electricidad; entonces todos los astros se iluminan; maravillosamente, en la simbólica cinta, se enciende el signo del León; los otros se mueven, se animan; misteriosamente, brilla tras de las nebulosas una pálida luz de acuario.

Sí, esto es un *Panteón* también; esto es la absolución de una síntesis. Porque hubo en otro tiempo elementos del cosmos que estaban condenados, elementos no ingresos en la santidad del empíreo, abandonado o entregados al diablo y al mal. Quiere la leyenda que Calixto III exorcizara al cometa de Halley, astro heterodoxo y errante. No hablemos de la condena de

Galileo, cosa, al fin, más de Salamanca (y de las varias Salamancas) que de Roma... Hoy, todo esto está ya lejano, mucho; y el Vaticano dirige impávidamente al cielo de Roma, al cielo del mundo, el ojo de cristal de la cúpula de un observatorio, en la torre adosada al *villino* de León XIII; y deja que todas las estrellas, las de nombre pagano, las de nombre cristiano y las de nombre de sabio de la *Aufklaerung*, las regulares y las vagabundas, las bautizadas y las exorcizadas, las que, innúmeras, forman el blanco camino que hollaron un día los blancos pies de la Madre de Dios, y estas otras nebulosas obscuras, que ahora apenas empieza a conocerse bien —y por donde no sabemos si algún día brincaron tal vez las patas de chivo del Angel Malo—, figuren y se iluminen con una luz de científica modernidad en el techo resplandeciente y generoso de la Sala del Zodíaco, dentro de la torre de la *Specola Vaticana.*

"*VIA LATTEA E VIA NUBILA*"

En el Escorial, que pudo ser una manera de Vaticano, enseñábanme el otro día una publicación muy reciente del P. Hagen, director de la *Specola Vaticana*. Es una obra importante y no debe quedar sin mención en el Nuevo Glosario. Se titula *Via Lattea e Via Nubila*, y contiene la última palabra de la ciencia en el estudio de las nebulosas, especialmente de las nebulosas obscuras.

Y precisamente esta científica atención dada a tan singular problema por la ciencia vaticana, se me antoja el acto supremo de generosidad, el gesto de indulgencia más amplio.

¿Por qué la tradición romana se ha manifestado siempre más dispuesta a mantener un sentido de continuidad en la herencia de la civili-

zación gentil que a consentir infiltraciones de otra tradición paralela, y de todos modos, cristiana? ¿Por qué mayor severidad con el «modernismo», por ejemplo, que con el paganismo renacentista?

Porque no ha debido de ser demasiado arduo *purificar* a Venus y a Marte, a la casta Diana y al Sagitario.

Lo que, probablemente, resulta más difícil de absolver —*son las nebulosas.*

JARDINES, JUGUETES, VINO Y TUMBAS

JARDINES

EL PARQUE DE SEVILLA

No me gustó como creí que me iba a gustar. Tanta alabanza, el fracaso de una tentativa anterior por conocerlo, intercalada en excursiones demasiado rápidas o prendida a circunstancias excesivamente fugaces, picaban mi curiosidad ahora... Un error cometí, lo confieso: visitar este nuevo parque, a seguida de ver los jardines del Alcázar. —Y, ¿qué podrá resistir la comparación con la parte vieja de los jardines del Alcázar? —Puédelo aquél tanto menos cuanto que ha querido recoger de éste ejemplo e inspiración.

Anduvimos por el parque más de una hora,

con los amigos, sin encontrar, a despecho de nuestra buenísima voluntad, rincón o perspectiva que pudiera traernos el regalo o reposo estético que buscábamos. Al fin, aquellos acabaron por decirme que cuando la cosa tenía que ver era en la primavera, «por la gran abundancia de flores, de todos los colores y matices».

—¡Bien! —me dije—; por fin hemos dado con el nudo de la cuestión. No nos cansemos más, vámonos. Sé que a mí, enamorado ardentísimo de Sevilla, el nuevo parque de Sevilla no me gustará por completo nunca.

No me gustará, porque jardín que haya de conquistar mi sensibilidad por la policromía de las flores, no la conquistará ni con flores ni sin flores.

... La tarde invernal caía rápida. Sin embargo, dije todavía a los amigos:

—Aun nos queda un poco de luz. Volvamos al Alcázar.

ESTÉTICA DEL BUEN PARQUE

Un parque, un buen parque en que la policromía de las flores es modestísima y no importa, es un alto-relieve; y su elemento capital, la cantidad y la calidad del aire que hay en la parte alta, entre cada árbol o arbusto y los otros que sirven de fondo.

Así, la variedad y riqueza, en una multiplicidad de verdes se establece en él, más que por razón de matiz, por razón de relieve. La mirada se complace, no como ante una pintura, sino como ante una escultura.

La sensación grata, casi utilitaria, que despierta ya a primera vista, un escenario frondoso —en cuya valoración parece que subterráneamente entran siempre rastros fisiológicos de un apetito o de un acaloramiento—, vuélve-

se en el parque, en el *buen* parque, intelectualizada del todo. Es casi una emoción geométrica, no ya una complacencia sensual.

Un pintor ha entendido mejor que nadie el puro valor de estructura de los parques *bien entendidos*. Este pintor —¡quién lo hubiera dicho!— es precisamente Pascel Cézanne.

ARQUITECTURA O ESCENOGRAFÍA

DICE Lucien Corpechot, en su hermoso libro *Les jardins de l'intelligence* —libro que, desde hace años, viene dándome ocasión a muy repetidas meditaciones:

«La aspiración que confesaba este pueblo de Francia, cuando su mano se ejercitaba en trazar jardines en torno de las mansiones, este voto *de modelar el paisaje en el molde del espíritu...*»

Modelar, he aquí el término que parece justo. Modelar, no teñir. O, si queréis, en otra fórmula: *El arte del jardín es una variedad de la arquitectura y no una variedad de la escenografía.*

Pero, ¿puede esperarse que una fórmula así sea obedecida, en la triste España artística de hoy, en que la misma arquitectura se ha vuelto, tantas veces, en Cataluña sobre todo, pura escenografía también?

Lo clásico es lo contrario. Lo clásico consiste en convertir incluso lo que podía ser escenográfico en arquitectural. Así el teatro del Palladio, en Vicenza. Otro ejemplo, de otro orden: el nimbo de luz alrededor de la cabeza de un santo, se presta a lo vaporoso y etéreo. Pero yo, cada vez que acompaño a un amigo a visitar el Museo del Prado, le enseño el cuadro de la muerte de la Virgen, del Mantegna, en que hasta los nimbos se han disecado, «se han *amojamado*», les digo, al contacto del viento de la ra-

zón. Contemplar la tabla del Mantegna, por otra parte, lo mismo que los «Triunfos» de este pintor, han sido siempre para mí el mejor ejercicio de disciplina artística. Me acuerdo de haber definido esta sensación, en mi *Valle de Josafat* diciendo que el Mantegna era como el diamante, porque en aquella geometría se hace luz...

En un buen jardín, la geometría se hace claro-obscuro. Y, tanto monta.

EL SECRETO DE VERSALLES

Dice todavía Corpechot:

«Desde las terrazas de Versalles contemplamos un espectáculo verdaderamente nuevo. Todas las gracias que, a través del tiempo, habían sido el encanto de los jardines, aquel casarse de sus colores y sus perfumes, la variedad de las

diferentes esencias de árboles, su delicadeza enternecedora bajo el cielo leve de la tarde o en la frescura de las auroras, todas estas voluptuosidades pasan a un segundo plano, se borran, se anegan en un conjunto de masas severas, de líneas sobrias que subyugan, imponen su majestad, hablan a la inteligencia que arrastran, tonifican, exaltan, por encima de cualquier sensibilidad. La tierra, las aguas, los árboles que no eran naturalmente para el hombre más que fuentes de emociones rápidas y cambiantes, nos prodigan en este paisaje, donde todo está lleno de espíritu, placeres de orden diferente...» Este es el secreto de Versalles.

Dirán acaso que este es el tipo de jardín francés y que a España no le conviene.

Pero, adviértase que aquí no preconizamos un estilo, sino un ideal. Y que este ideal es la Inteligencia.

Y la Inteligencia es universal. ¿A quién no conviene la Inteligencia?

EL PARQUE DE LA CIUDADELA
EL CEMENTERIO DE MONTJUICH

O me engañan mucho los recuerdos de extrema infancia, o el Parque barcelonés de la Ciudadela —que los ciudadanos de cierta edad llaman, por antonomasia, «el Parque»—, tuvo épocas, algunos años después de la Exposición Universal, en que presentaba aspectos muy bien entendidos y de acuerdo con el sentido estructural que puede buscar en un lugar así, un gusto refinado.

Sé que mi primer aprendizaje en escultura griega tuvo lugar cerca de allí, en la nave del semi-abandonado Palacio de la Industria, donde se había reunido algunas reproducciones —a las cuales agradeceré siempre la fuerte y precoz educación que me proporcionaron—. Y

sé también que para mí, *las emociones del parque se emparentaban simpáticamente con las emociones del Museo.*

También los jardines que hay a la entrada del Cementerio civil de Barcelona son de un gusto muy noble. Tal vez presentan alguno de los aspectos más bellos de nuestra ciudad.

Hasta hoy, no me satisfacen tanto, a pesar de los elogios que es costumbre dedicarles, los jardines de Montjuich. Como en los del Parque de Sevilla, aquí todo parece policromo, escenográfico y lejano a la Inteligencia.

LOS JARDINES DE M. FORESTIER

WELTGARTNER

M. Forestier es un saboyano muy inteligente, que, en ocasiones, alcanza incluso al peligro de parecerlo demasiado. Hay, por ejemplo, que oírle, entre la manzana y el queso, hablar de Lamartine, de los románticos y de sus historietas sucias... Esto forma parte en él de una táctica. Para no descubrir al recién llegado las dotes calurosas de su sensibilidad, ha adoptado la perspicacia enjuta y cortante; así como para disimular las sonoridades italianizadas de su acento nativo se complace en las más cerradas abreviaturas fonéticas del dialéctico parisién. Parece como si ninguna nota coloreada

de meridional quisiera dejar subsistente en sí mismo.

Su arte, sin embargo, le traiciona. Su arte y la amplia magnificencia de su destino, que, lejos de cualquier estrechez parisina, ni siquiera francesa, le ha convertido en algo más concreto que un *Weltbuerger* —le ha convertido en un *Weltgartner*—, en un jardinero del mundo, Emperador de los rosales y Sumo Pontífice de todas las iglesias y todas las capillas de boj recortado.

CULTIVAR SUS JARDINES

¡Qué destino! Pensad que este hombre, emancipado en razón a la superioridad de su arte a cualquier coacción de resistencia, ha construído, dirige, cuida también, los más nuevos y her-

mosos jardines de nuestro hemisferio, desde La Habana hasta Barcelona, desde Deauville hasta Casablanca. La rosaleda de Bagatelle, en el Bois-de-Boulogne; los macizos del Champ-de-Mars, en París, que reciben, así un gigantesco y tendido reloj de sol, la sombra de la torre Eiffel; el parque de Bilbao, rociado por las menudas lloviznas cantábricas; Montjuich de Barcelona, Montjuich *de-la-mala-anomenada,* en que las flores bermejas parecen haber recogido la sangre de los fusilamientos; y los jardines de María Luisa y los jardines del Sultán: otras tantas estaciones que el raudo espíritu de este jardinero intercontinental puede considerar como cosa propia... Y así, el precepto de «cultivar su jardín», que envuelve para todos una norma de limitación —una norma de resignación aeaso—, cobra para él nuevo e insospechado sentido. M. Forestier cultiva su jardín, cava y riega, siembra y poda a la vez en el norte y en el sur, en las Andalucías y en las Indias,

en el bulevar y en el Ultramar, en la duna y en el desierto.

Cada año, cuando desde los pilares de sus pérgolas de Casablanca hasta el cobijo urbano de sus quioscos de Deauville, asciende, cruzando tierras y mares, el vuelo precoz de la primera pareja de golondrinas, el gran jardinero recibe aviso y mandato de la primavera. Y es como si, mágico director de una inmensa orquesta, levantara una visible batuta cuya señal espiaran telepáticamente los árboles más enhiestos de cada uno de sus jardines, y diese entrada al simbólico florecer de las rosas y de las tulipas, al metal sonoro de los rojos claveles y a la flauta dulce de las lilas, a las magnolias, cuyo perfume acaricia al corazón sensual como la voz de un arpa, y al óboe profundo de las plantas venenosas del trópico.

Y el garabato que esta batuta dibuja en el aire nuevo, lleno ya de luz, sirve también de itinerario a aquel nostálgico mensaje

que, según la balada, envía la viudez del pino del Norte a la soledad lejanísima de la palmera.

FORESTIER Y SU CONTRASTE

En el extremo opuesto a la vida de M. Forestier contempla ahora mi recuerdo la de André Thouin, ejemplar botánico, director del Jardín de Plantas. He aquí cómo fué la admirable existencia de este hombre. Nació en el jardín, y hasta la muerte no lo dejó. Su padre era ya jardinero de este jardín; él, sucesivamente, sin abandonarlo nunca, ejerció allí de hijo de jardinero; de aprendiz de jardinero; de ayudante de jardinero, porque se había muerto su padre; luego, de botánico; luego, de profesor de botánica; luego, de académico y director del

Jardín. Sesenta y cinco años duró esta vida, entre las mismas tapias, y le permitió coleccionar, describir y dibujar una gran Flora parisiense. Pero este trabajo sólo se publicó cuando él hubo muerto ya, y vió luz en Holanda. A él probablemente, más que a Vaillant, débese la introducción en Francia de los cultivos de estufa. Su alma también debió de florecer como en una estufa, en un recogimiento maravilloso.

Y ahora no sé cuál de las dos almas, el alma de estufa o el alma cósmica, la del jardinero de faubourg» o la del *Weltgartner*, la de Thouin o la de Forestier, ha vivido más intensamente.

OBRAS DE FORESTIER

En cualquier caso, este último no se ha resignado en dejar a su libro póstumo la corona de sus experiencias, y acaba de publicar en París un tratado de jardines que puede contarse entre las obras más atrayentes de nuestros días.

Yo no estoy conforme con todas las preferencias de M. Forestier. Es más: algunas de sus creaciones, los parques de Barcelona y de Sevilla, por ejemplo, me parecen demasiado coloreadas y faltas de la profundidad, que sólo puede conceder a las arquitecturas vegetales la riqueza de planos y de las calidades del verde. Son jardines buenos para cuando hay flores, muchas flores; en otoño no recuerdan nada de un paisaje de Cézanne, y entonces su desola-

ción espía los goces excesivamente sensuales de sus primaveras.

Pero aun así, mi simpatía se contenta al ver en este carácter ardiente y meridional del arte del gran jardinero una como venganza y libre sinceridad del nativo temperamento, castigado, en obra de personal voluntad, por la perspicacia enjuta y constante, por el habla breve y mordida...

JUGUETES

EL MUNDO DE LOS JUGUETES

FORMAN los juguetes un mundo de maravilla, en que gustamos de vivir cuando aun no conocemos el otro, el llamado real — o cuando lo conocemos demasiado.

La materia, en el mundo de los juguetes, no importa. La forma, un poco; no demasiado. Aquí, lo importante es la alusión.

Trapos viejos, si no metal o madera. Bolas o cubos, si queréis, para significar formas vivas. Pero, siempre, la posibilidad de un inmediato reconocimiento. Una cabeza con sólo un ojo, no vale nada. Si un árbol, aunque sea en el confín del horizonte, puede confundirse con un cañón, no vale nada.

PROTECCIONISMO "BIEN ENTENDIDO"

CADA país debería aspirar a poseer en propio tres industrias: la del libro, la de los perfumes y la de los juguetes.

Leer los libros, aspirar los perfumes, jugar con los juguetes que manos extranjeras nos han vendido, es siempre algo comparable al comer fuera de casa.

No digo que sepa mal, no digo que siente mal, no digo que esté mal. Desgraciado del paladar que no conoce más que las sales de la cocina doméstica. Pero desgraciado también —hoy día, por lo menos— quien no las conoce.

He visto una vez a un niño llorar el día de Reyes, porque la explicación de un rompeca-

bezas, impresa en el reverso de la tapa de su estuche, estaba únicamente en inglés, y no la entendía. Este llanto era infinitamente melancólico. Pero no sé si me parece más melancólico todavía ver a otros niños siguiendo, en caso semejante, una explicación difícil, redactada en un español tan malo, por la torpeza de un hijo de Londres o de Nuremberg, que aquel se queda a obscuras.

Semejantes melancolías no se dan sólo en los juguetes. Dos generaciones han estudiado en libros de texto así, con explicaciones de Medicina o de Mecánica casi ininteligibles. Dos generaciones se han vuelto locas entre nosotros, o han conocido las náuseas del mal estudio, ante el instrumento en forma de «pico de canario» (*bec a canard*), descrito en el libro de Cirugía o ante la «Génova» suiza (*Genéve*), aludida en los apuntes de Derecho mercantil.

No sólo de pan vive el hombre, no sólo de

tejidos de algodón. Sin juguetes, sin perfumes, sin libros buenos, una industria local resulta, además de incompleta, muy triste.

EL ZOOTROPO

La teoría del eterno recomenzamiento, el *Ring des Ringes* nietzscheano y, si queréis, la «concepción cíclica del universo», hubieran sido entrevistas —y nunca con mayor propiedad se ha dicho «entrevistas»— por quienquiera que, con filosófico estudio, se hubiese recreado en un zootropo.

El negro farolero, con su aspecto de larva negra, cargado con el bulto negro, está al pie de la negra escalera del farol negro, urna de un verde y muequeante rostro lunar. Un poder fatal, una implacable cósmica voluntad de

ruina impele al pobre diablo, así que el zootropo gira, a subir los peldaños de la escalera, hasta que, al llegar al farol, la luna se lo come... Sigue el zootropo girando. Ahora la larva está de nuevo al pie de la siniestra escalera. Sube de nuevo; de nuevo es devorada. Otra vez, otra vez. Cachetead al juguete con más fuerza. Rueda éste más aprisa. La espantosa tragedia se consuma ahora velozmente y nos oprime el corazón, con su repetición ineluctable.

Ibamos ahora a gritarle, al miserable farolero: «¡Detente!» —¡Bah! ¿Para qué? —Hubiera sido como gritárselo a Guillermo II, al principio de la guerra.

EL GIMNASTA

Sobre unas paralelas, el gimnasta en madera plana, yace, con la caperuza casi tocando al suelo y los pies en alto, apoyado en la fina antena metálica que atraviesa su cuerpo.

Una ligera caricia de la yema del dedo basta, para que empiece a voltear rápida, brillantemente. En un momento, ha avanzado así a lo largo de las paralelas, casi hasta mitad del camino de la ranura de promisión. Si llega a esta ranura, su obra estará cumplida. Descansará allí merecidamente y un timbre —el timbre de la gloria— repiqueteará largo espacio en su honor.

Pero he aquí que el gimnasta empieza ya a voltear más lentameute. Cuando sus pies llegan a lo alto, tiene ahora un segundo de indecisión,

como si aquéllos fuesen a caer hacia atrás. Evidentemente, se le acaban las fuerzas. Ya, ya se le han acabado. Se ha quedado inmóvil, cerca de la meta, a dos milímetros de la ranura. Y el timbre no suena.

Como al farolero del zootropo: «¡Detente!», al gimnasta de las volteretas le gritaríamos de buena gana: «¡Animo! ¡Un pequeño esfuerzo todavía!...» Pero él, sordo, se nos quedaría mirando —los pies en alto, la cabeza casi tocando al suelo— con su lívida cara estúpida, que todavía sonríe con petulancia ante la catástrofe.

Tan imposible es contener al héroe como estimular al clown.

EL NUEVO PLUTARCO

AHORA me ocurre pensar que también de los juguetes podrían escribirse: *Vidas paralelas.*

Al lado del farolero del zootropo, contaríamos de la carátula del blanco, que recibe tan estoicamente en el entrecejo las desviadas pelotas. Al lado del gimnasta de las volteretas diríamos del globo de goma encarnado o verde, tan difícil al mediodía de contener, por medio del hilo, en sus tentaciones a la ascendente fuga, como imposible de aupar, al acercarse el crepúsculo.

EL GLOBO Y EL HOMBRE DE CUARENTA AÑOS

A las cinco de la tarde, el globo de goma rojo o verde casi no se ha arrugado. Pero ya no sube más arriba de nuestras frentes. Ha perdido gas.

¿Qué le pasa a este hombre de cuarenta años? Parece haber perdido cualquier vocación de idealismo. El simpático revolucionario, que conocí en la mocedad, se ha vuelto el más tímido de los conservadores. Sin embargo, casi no ha envejecido. No tiene apenas arrugas en la cara.

A este hombre le pasa lo que a los globos rojos o verdes, a las cinco de la tarde.

LA SOLUCIÓN EXTREMA

INÚTILMENTE gritaríamos entonces al globo: «¡Sube!», como inútilmente al gimnasta: «¡Adelante!»

Cabe una solución soberana. Un nuevo golpe al gimnasta con la yema del dedo. Entonces se precipita con demasiada fuerza, traspone la oportuna ranura, se lanza fuera de las paralelas, caen él y ellas al abismo. *Y entonces*, después de todo, *el timbre suena.*

Al globo perezoso, acérquesele a un encendido mechero de gas. Estalla.

Un bel morir tutta una vita onora..

(No sé si es la música del italiano, o bien la semejanza del globo y del gimnasta, lo que me ha hecho ahora pensar en Gabriel D'Annunzio.)

LAS HORAS DURAS

ESTA era la niña de un pobre vendedor de juguetes de feria.

Vivía en una fría ciudad del Norte. Allí la víspera al día de los Reyes nevó. Y el pueblo no acudió a la feria. Y el padre tuvo que volver a su casa, en la alta noche, con la mercancía casi intacta y la tristeza en el corazón.

Creyó que la niña dormía. No dormía.

Creía, además, que la niña *creía* en los Reyes. No *creía.*

No dormía, no creía, y la prueba es que, de pronto, la oyó sollozar.

—¿Qué te pasa, nena? ¿Por qué lloras?

—¡Porque *has traído demasiados juguetes!*

Consuélate, hija mía. No pienses ahora en el día de mañana y en la comida de mañana. Ma-

ñana está muy lejos. Hay de por medio todo el sueño de una noche, es decir, todo un infinito.

Consuélate, hija mía. Mira esta muñeca, es para ti. Mira la muñeca; no quieras saber más. Mejor aún: contempla un aspecto solo de la muñeca. Mira qué linda cara. Mira qué dulces ojos. ¿Y estos cabellos de un rubio perfecto? ¿Te gustan? No quieras saber más, repito.

Contentarse con el espectáculo de la belleza será siempre la suprema sabiduría, cuando ha nevado mucho y el padre —que otro día puede ser el Padre Eterno— no está de humor.

VINO

"*ALMANAC DE COCAGNE*"

UNA publicación como la del *Almanac de Cocagne* necesita de una civilización muy madura. Veo con alegría que, a pesar de la guerra y del nacionalismo, la inteligencia y la sociedad de Francia vuelven a encontrarse en situación de soportar publicaciones así.

El *Almanac de Cocagne* está dedicado *aux vrais Gourmands et aux Francs-Buveurs*. De él se tiran cincuenta ejemplares en hilo, veinte en Shidzuoaka, diez en Japón, tres en Japón con grabados en China. Doce cocineros franceses colaboran en el mismo. Veinte artistas de vanguardia lo ilustran, uno de ellos el cata-

lán Enric Ricart. Otros tantos escritores aluden en él a las gracias de la buena mesa y de la buena compañía. La obra del *Almanaque* se orienta hacia la restauración de los platos aterciopelados al paladar, de la vieja cocina provincial francesa y a la del arte, también sabroso, del grabado en boj.

Si todo eso se quedase en vulgaridad o en pedantería, lo encontraríamos nauseabundo. Pero —así en los cuadros de mítica salvaje de Paul Gauguin— *l'Esprit vieille*. El Espíritu aquí no es un «doble» primitivo: es la Ironía eterna. Corresponde a aquel estado en que la inteligencia guarda su libertad y sabe jugarla y gozarla por encima del pragmatismo pedagógico y por encima, incluso, principio de contradicción.

Por esto me parece muy difícil gustar a la vez de *El Criterio*, de Balmes, y del *Almanac de Cocagne*. No digo yo ahora cuál de los dos libros me parece bien; digo nada más cuán difícil es que vayan juntos.

EL ARTE DE BEBER EL BORGOÑA

Estoy de acuerdo, decía Octavio de Romeu, con la mayoría de los preceptos incluídos en el estudio *Comment il faut boire*, de Maurice des Ombiaux. No con todos.

Me parece exacta, por ejemplo, la siguiente afirmación: «Oiréis decir hoy a muchas gentes que el burdeos es más ligero que el borgoña. Lo contrario es lo cierto». Pero, cualquiera que sea la autoridad de las antiguas opiniones aludidas por des Ombiaux, yo rehusaría siempre la atribución del burdeos como vino de invierno, del borgoña como vino de verano. La atribución debería detallarse en calendario más sutil: la verdad es que el borgoña es un vino de otoño; el burdeos, un vino de primavera.

Como en otoño pesan todas las cosas inte-

resantes en la ciudad, y en el campo la mitad de las cosas interesantes, el borgoña se recomienda por su gran poder de adaptación. Para la caza no tiene igual. Pero también ciertos Sablis y el Volnay blanco se acomodan a maravilla con el alma cándida de un lenguado bien mantecoso.

Estoy de acuerdo con la necesidad de combatir el prejuicio de que, en la presentación de los borgoñas en la mesa, haya siempre de seguirse el orden del más joven al más viejo. Pero, de aquí al otro prejuicio de invertir siempre el orden, en vista de que el borgoña más viejo acostumbra a ser el más débil, media un abismo. En realidad, dar reglas fijas para el orden de los borgoñas, es como darlas para el orden de los sonidos. Cuando se trata de algo como una sinfonía, libertad es sinónimo de creación.

La regla de no trasvasar el vino de borgoña es elemental. También la de *chambrarlo*, es

decir, hacerle adquirir previamente la temperatura del lugar en que ha de ser bebido. No rechazaría, sin embargo, la licencia de beber el borgoña fresco, tal como llega de la bodega en verano; pero como no creo que se trate precisamente de un vino de verano...

Suscribo, por fin, con toda mi energía, la proscripción de las copas de color. «El tono ambarino de los Sauterne y de los Barsac —dice Maurice des Ombiaux—, el color dorado del Montrachet, del Meursault, del Chablis, es demasiado precioso para sufrir la injuria de una alteración verde o rosa». La sabiduría habla en este momento por la boca de Maurice des Ombiaux...

—Querido maestro —interrumpió al llegar aquí uno de los amigos de Octavio de Romeu, un docto humanista que le escuchaba—: su disertación nos está haciendo a todos la boca agua; o, mejor, nos está dando deseos de hacerla borgoña. Vamos a catarlo.

—¿A beberlo, yo? —contestó maestro Octavio.— ¡Yo no lo pruebo nunca!

—¿Cómo?

—¡Naturalmente! Usted, que es humanista, ¿habla el griego o el latín, por ventura, en su vida habitual?

TUMBAS

UNA FUENTE Y UN LAUREL JUNTO A LA TUMBA

En un nuevo y excelente Almanaque literario mallorquín, en que hemos colaborado, con los hijos de la Isla de Oro, algunos de sus más adictos admiradores, he dado el texto de un «Voto», escrito en catalán, en el día de Todos los Santos, y que dice:

«Hi hagi vora ma tomba, una font i un lloré;
que jo, de reposar,
sense un ombra de gloria i sense un parlar clar
no en sé, no en sé, no en sé.»

Digo dice y debí decir debió decir. Por error de estampa o tal vez de cálamo, la palabra *font* aparece allí substituída por *flor*. Y lo que resulta pedirse es que

«Haya sobre mi tumba *una flor* y un laurel.»

Con lo cual, si la necesidad de «una sombra de gloria» puede quedar satisfecha, la de «un hablar claro», cosa muy de fuentes, no de flores, ignoro cómo va a serlo.

Cerrando los ojos, y regresando al estado espiritual que dictó aquellos versos, creo que la fuente me sería más necesaria aún que el mismo laurel. A falta de laurel, con un ciprés me consolaría, mientras que a falta de fuente, no me consolaría con nada.

Dura ausencia, la de una sombra de gloria. Pero, mientras quede la posibilidad de hablar claro, hay alegría.

LAS TUMBAS DE LOS GLOSADORES

PERO la imagen que aquel «Voto» suscita no es, en la mente de quien así, en verso, la formulara, única, ni siquiera constante, entre las predilectas de su deseo. A veces piensa también en la manera cómo la república municipal de Bolonia ha guardado las cenizas de sus glosadores.

No las ha guardado en iglesia ni cementerio, sino, cívicamente, en medio de la calle, en las calles o plazas más concurridas y céntricas. Con los sarcófagos de piedra elevados apenas sobre unas columnitas, bajo un baldaquín, y aun sin él, a sol y serena. Algo de verja transparente, acaso, al pie. Y todos los gritos de la ciudad, en derredor.

Los glosadores de Bolonia, maestros en su

Universidad, no eran más que comentaristas del Derecho romano. No importa; las cuestiones del Derecho son tan centrales en la vida pública; la Universidad de entonces se confundía de tal modo con la ciudad; el aprendizaje en las fuentes antiguas es tan propicio a la comunicación de las virtudes antiguas, que bien podemos imaginar a los glosadores como sacerdotes y a la vez devotos apasionados del culto a la propia civilidad. Bolonia debía de parecerles, en cierto sentido, Roma rediviva... Así ha sido piadoso que la ciudad se colocara ostensiblemente, a la vista de los siglos, los huesos de tales hijos sobre el mismo pecho, como matrona que lleva allí un medallón con una reliquia.

A mí, en Bolonia, cuando por la noche me quedaba solo, me agradaba remontar la vía Barberíe hasta la generosa piazza Malpighi. Como la docta ciudad de las gemelas Asinelli y Gerisenda gusta en todo del paralelismo, allí, de

pareja, están las tumbas —*enlairamientos,* que no «enterramientos»—, de Accursio y Odofredo. Y del lado mismo del monumento sepulcral partía entonces un ómnibus cascabeleante. Y me parecía como si a los pobres glosadores muertos aquel ciudadano rumor jocundo hubiese de llegarles al corazón, hecho polvo de tantos siglos, y alegrarlo, sin embargo, y hacerles a ellos levantarse y correr *para no perder el tranvía.*

Y cuando más tarde, al apuntar la aurora, entraban en la ciudad por allí mismo los carros de la verdura, adivinaba a aquéllos con una especie de alegría golosa, como si las coles que llegaban hubiesen sido destinadas al puchero de los glosadores.

Les adivinaba la alegría y les envidiaba el destino.

EL MAR POR TUMBA

Enlairamiento, no «enterramento» el de aquellos claros varones boloñeses. ¿Cómo llamaremos a lo del cadáver echado al mar, para no decir, con impropiedad, «entierro», «enterramiento»?

También me gusta esta manera de desaparecer. Seguramente es la más propia de hombres libres.

«*Homme libre, toujours tu cheriras la mèr.*»

Sobre todo, me parece sabrosa para quien no ha muerto a bordo, cosa muy fea, ni en naufragio, cosa más fea aún. Sino en tierra, en casa, *en su cama*, como suele decirse... —Veo entonces algo muy elegante en que, después de

despedido el duelo, sea el cuerpo embarcado en una barca por una docena escasa de amigos y llevado a mar libre, en hora cercana a la puesta del sol.

Cuando ya la sombra del mar debajo la lancha sea casi negra, entre allí el cuerpo. El cuerpo desnudo, únicamente cubierto por una sábana blanca.

Regresen a tierra los amigos, despacio, a remo, sin hablar.

¡Buenas noches!

LA TUMBA DE TEMÍSTOCLES

Lo de los Glosadores boloñeses se acerca a la suprema civilidad. Lo del que tiene el mar por tumba sabe a suprema libertad.

Un término medio discreto encontraríamos

tal vez en la tumba de Temístocles. El cual, según Plutarco, fué enterrado en lugar un poco alto, en una bahía situada al lado del puerto de Atenas.

Y se le pudo poner por epitafio estos versos escritos por Platón el Cómico:

«Sita la tumba, en un lugar propicio,
será de grato agüero al navegante.
De allí verás a los que van y vuelven
y verás la asamblea de las naves.»

Para un griego curioso, patriota, marinero, público, laico, ¡qué suerte!... Es, después de todo, lo que un día, en el «Diálogo del paseo de escollera», publicado en el primer tomo de este Nuevo Glosario, llamábamos «la lección de la gaviota».

Hay que volar a todos los vientes de todos los mares, pero hay que procrear en un nido.

Y estar enterrado con gloria es, si bien se mira, una manera de procrear.

HAIKAIS

1)

«ANCH'IO»

La moda es todopoderosa: hare
haikais, —anch'io.

2)

INVOCACIÓN A LA PERI

Peri Madrina de ligero humor,
si recuerdas que Xenius me pusiste,
acude: Abril está a la vista.

3)

COLUMNA Y COHETE

Columna enhiesta.
Mas los dioses prefieren del cohete
la curva, —un poco escéptica.

4)

SEMÁNTICA

Allende
no es adverbio de lugar, sino de tiempo;
significa: Mientras... durante... (*).

5)

«AEGRI SOMNIA»

Las sombras aun cubrían de obscuridad el [crimen.
Soñó entonces una trágica historia de horror [y de valor.
El diputado.

(*) Alguna alusión, que las páginas del NUEVO GLOSARIO puedan contener, demasiado ligada a la actualidad del momento en que fué escrita tal o cual página, para ser inteligible a vuelta de unos meses, ha de verse explicada en ciertos grupos de notas que jalonarán el curso de los volúmenes. Las primeras aparecerán como apéndice del próximo, último de los correspondientes a 1921.

6)

A UN PENSADOR

No toda luz
que se enciende y se apaga es un
faro. Precisa el ritmo.

7)

UN HAIKAI PARA BÉCQUER

Gustavo Adolfo Bécquer: acordeón
tocado por un ángel.

8)

«SAGÉSSE»

Como los árboles de Julio Renard
y los periodistas de Torres Almuina,
ya casi sé callarme.

9)

ANVERSO

Poeta: si en la alta noche, cuando velas,
cruza entre tu lámpara y los papeles
la sombra de una mariposa negra, —¡mátala!

* * *

REVERSO

Pero si fuese
la sombra de unos rizos de la amada,
¡mata entonces la luz!

10)

LA ACTUALIDAD GRÁFICA

Magnesio. Estalactitas de ropa interior.
S. M., S. A. y S. I.
Otro ropero.

11)

ARTE POÉTICA

Mi poeta regional será discreto.
Ni poca sal ni demasiada sal.
Castúo — ma non troppo.

12)

REFLEXIÓN DEL SÁTIRO FILÓLOGO

Por parentesco en etimología
Charitas, *significa «acariciar».*
In omnibus, charitas.

13)

CÓSMICA PELUQUERÍA

El viento jabona la cara del mar
y abre encima, como una navaja,
su ala tendida, una gaviota.

14)

«CASI»

Dicen: Virgilio es «casi» un poeta cristiano
y la emulsión Scott, una golosina.
¡Enormidad de un «casi»!

15)

LAS VISITAS, CORTAS

¡Adiós, madrina ligera! Cuando abril era
[abril para mí
te quedabas más tiempo a mi lado.

ÍNDICE

Páginas.

POUSSIN Y EL GRECO Y OTRAS NOTAS DE ESTÉTICA.

Poussin y el Greco.
Las razones del corazón y los sentires de la razón 11
Apoteosis y prenuncio 12
El Greco.—Poussin 14
La gravitación de las artes 16
Perspectivas 18
Revisiones.
Hoja de carnet 19
El aguafuerte 20
Whistler 23
«Ultra» tiene razón.
Quioscos de Madrid 26
Sorpresa 28
Sin precedentes 29
La victoria de lo sinóptico 32
El futuro de Ultra 34

GLOSAS DEL AÑO NUEVO.

Notas sobre el tiempo y el peso del tiempo.
Metafísica o capricho 39

Páginas.

De la medida del tiempo 40
El día y la noche 44
Al buen trabajador, al buen sentimental 46
De la inmortalidad del alma 48
Horóscopo de la Libertad 49
El año de Napoleón 52

CONTEMPORÁNEOS.

Chesterton 61
Simmel 63
Houston S. Chamberlain 64
Croce 65
Tagore 66
Anatole France 67
Rudolf Eucken 68

LA TRANSFORMACIÓN DEL MUNDO.

Feminismo.
No entre quien no sea geómetra 71
El derecho de la madre 72
«Piedad».—«Maternidad» 74
La debilidad defensora 76
Feminismo 77
En Tarragona.
Lección de las piedras 78
Lección de las horas 80
La idea social 82
Lección de la vida 85
Lección de lecciones 87
Las muertes paralelas.
Layret-Dato 88
La gravedad 90

Páginas.

El obrero de la orla..... 91
El gran deber..... 93

POLÍTICA.

Poincaré y su gato.
Poincaré..... 97
Su gato 100
Sobre el prospecto de una biblioteca histórica. 104
Sobre la literatura comparada..... 111

LA CIENCIA Y LA EMOCIÓN DE LA CIENCIA.

Notas sobre la historia de la Mineralogía.
Ocupaciones..... 121
La casa y la despensa..... 126
Tiempos y tiempos..... 130
El destino de Alejandro de Humboldt. 131
Los clásicos de la ciencia.
Moraleja 132
No momentos, monumentos..... 136
Linneo, su sistema, su casaca y su peluca 139
La correspondencia del «Supremo Hugenio»..... 142
La Geometría de Clairaut..... 145
La astronomía apasionada.
Permanencia..... 148
«Specola Vaticana» 151
«Vía lattea e vía núbila..... 154

JARDINES, JUGUETES, VINO Y TUMBAS.

Jardines.
El parque de Sevilla..... 159
Estética del buen parque..... 161

Páginas.

Arquitectura o escenografía..... 162
El secreto de Versalles..... 164
El parque de la Ciudadela. El cementerio de Montjuich..... 166
Los jardines de M. Forestier.
«Welgartner»..... 168
Cultivar sus jardines..... 169
Forestier y su contraste..... 172
Obras de Forestier..... 174
Juguetes.
El mundo de los juguetes..... 176
Proteccionismo bien entendido..... 177
El zoótropo..... 179
El gimnasta..... 181
El nuevo Plutarco..... 183
El globo y el hombre de cuarenta años. 184
La solución extrema..... 185
Las horas duras..... 186
Vino.
«Almanac de Cocagne»..... 188
El arte de beber el borgoña..... 190
Tumbas.
Fuente y laurel..... 194
Las tumbas de los Glosadores..... 196
El mar por tumba..... 199
La tumba de Temistocles..... 200

HAIKAIS..... 203